

BOLSILIBROS

PUNTO

ROJO

MUÑECOS EN MANOS DE ARTISTA

de

Lou Carrigan



Lectulandia

La mujer se llamaba Olympe U'Tamsi. Era una mujer de raza negra, posiblemente nubia. Muy alta, esbelta, y de cabello alisado artificialmente, que llevaba muy largo. En conjunto, con aquel minivestido estampado y vaporoso, Olympe U'Tamsi conseguía un gran atractivo, un tanto indefinible, pero fácilmente perceptible por cualquier hombre.

Caminaba por la dársena de Tánger, haciendo resonar sus zapatos, de alto tacón, por el piso de cemento oscurecido por la humedad. Todos los departamentos de la dársena estaban abarrotados de buques, de mayor o menor calado. Las luces de posición parecían zambullirse en el agua, dejando largos reflejos de color sobre la oscura superficie, que apenas experimentaba movimiento.

Lectulandia

Lou Carrigan

Muñecos en manos de artista

Bolsilibros: Punto rojo - 810

ePub r1.0

jala y xico_weno 11.02.18

Título original: *Muñecos en manos de artista*

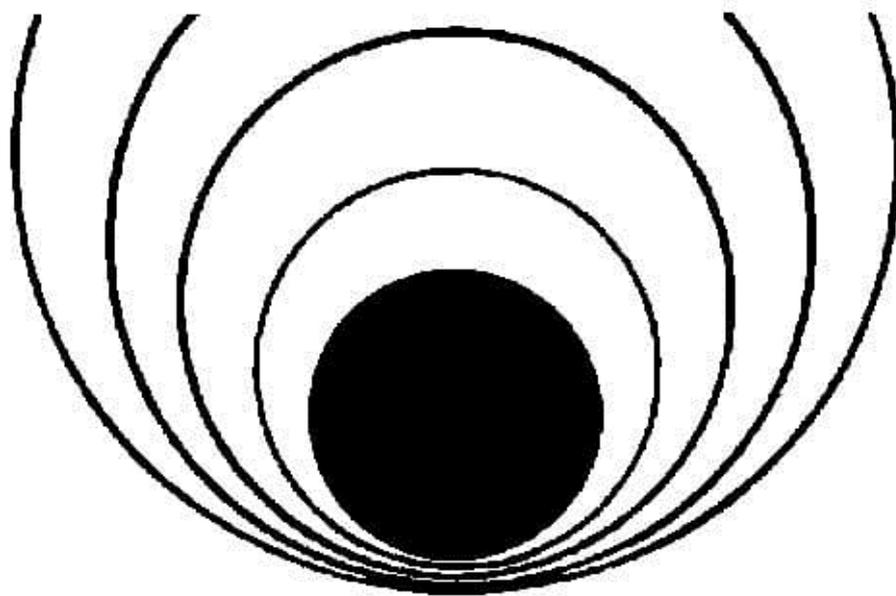
Lou Carrigan, 1977

Ilustraciones: Antonio Bernal

Editor digital: jala y xico_weno

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



PUNTO ROJO

LA VIDA ES UN JUEGO

La mujer se llamaba Olympe U'Tamsi. Era una mujer de raza negra, posiblemente nubia. Muy alta, esbelta, y de cabello alisado artificialmente, que llevaba muy largo. En conjunto, con aquel minivestido estampado y vaporoso, Olympe U'Tamsi conseguía un gran atractivo, un tanto indefinible, pero fácilmente perceptible por cualquier hombre.

Caminaba por la dársena de Tánger, haciendo resonar sus zapatos, de alto tacón, por el piso de cemento oscurecido por la humedad. Todos los departamentos de la dársena estaban abarrotados de buques, de mayor o menor calado. Las luces de posición parecían zambullirse en el agua, dejando largos reflejos de color sobre la oscura superficie, que apenas experimentaba movimiento.

En torno, la estación, los barrios de Medina y Pequeño Zoco, parecían envolver el puerto con un halo de exótico colorido.

A medida que se acercaba a su destino, parecía que a Olympe U'Tamsi le costase más caminar. Pero, finalmente, llegó ante la embarcación que estaba buscando. Un viejo y pequeño barco, que podría muy bien ser la reliquia ya desechada de una flota pesquera. Había un letrero en el casco, un tanto borroso, pero todavía perfectamente legible. El nombre del barco era *Abdel Aziz*.

—Todavía tuvo Olympe una visible vacilación, pero realmente fue breve. Puesto que iba armada con una automática en el bolso, debió concluir que, en el supuesto de que surgiese alguna dificultad, podría afrontarla con ciertas garantías de éxito. Con paso un tanto más vivo para recorrer la última distancia, Olympe llegó al borde del muelle, y de allí pasó, con ágil salto, a la cubierta del pesquero. No había en éste ni una sola luz. Lo que, en cierto modo, aumentó los anteriores recelos de la hermosa muchacha negra.

Se dirigió hacia la escalerilla de resbaladizos escalones de madera, y mientras descendía silenciosamente, tendía el oído, en busca de algún sonido..., que no se producía.

—Guma —llamó suavemente—. ¿Estás ahí, Guma?

Nada.

Silencio.

Olympe llegó finalmente a la relativamente grande recámara, que en épocas de trabajo pesquero había servido de comedor y salón a la vez para los pescadores. Conocía el *Abdel Aziz*, de modo que no tuvo ninguna dificultad para localizar el interruptor de la luz.

Lo accionó, y una iluminación amarillenta apareció en el acto.

Y también en el acto. Olympe U'Tamsi se arrepintió de haber encendido la luz. Pero todavía se arrepintió muchísimo más de haber acudido al pesquero, a pesar de

todos sus temores, que tan fundados le habían parecido.

Guma estaba allí.

Sí. Guma estaba allí, efectivamente. Pero era muy poco probable que pudiese contestar a Olympe U'Tamsi. Por la sencilla razón de que, mientras el cuerpo de Guma yacía más o menos sentado en una de las viejas sillas, la cabeza del desdichado Guma estaba en el suelo, cerca del cuerpo, colocada sobre la base del cercenado cuello, y vuelta hacia la entrada al lugar, como si hubiese estado esperando la llegada de Olympe. Sólo que era una llegada que Guma, ciertamente, no podía presenciar.

Tras el instante de terror, Olympe reaccionó y dio media vuelta, dispuesta a lanzarse escaleras arriba, alcanzar la cubierta, y, por supuesto, saltar inmediatamente al muelle, y alejarse cuanto antes del Abdel Aziz.

Pero esto no iba a ser fácil para Olympe U'Tamsi.

Apenas hubo subido dos peldaños, vio por encima de ella, sentado en los escalones, a un hombre, que la apuntaba con una pistola. En sus labios había una irónica y cruel sonrisa.

—Sólo queremos hacerle algunas preguntas, señorita U'Tamsi —dijo el hombre, con tono que quería ser amable—. Tranquilícese, se lo ruego.

Era un hombre recio, macizo, con una barba bien recortada, con muchas hebras grises. Olympe oyó ruido tras ella, y se volvió rápidamente. Había allá también otro hombre, igualmente provisto de una pistola, con la que le apuntaba. Éste era un sujeto alto, enjuto, de pavorosa mirada oscura. El hombre alzó una mano, en un gesto de apariencia cordial.

—¿Qué tal, señorita U'Tamsi? —saludó.

—¿Quiénes son ustedes? —jadeó Olympe.

—Debería saberlo, puesto que se ha interesado muy profundamente por nosotros. ¿O no ha tenido tiempo de llegar a conclusiones exactas?

—No les conozco. No tengo por qué interesarme por ustedes, por lo tanto.

—Será mejor que no perdamos tiempo. Lo que Guma tenía que decirle a usted, nos lo ha dicho a nosotros antes de... su extraño accidente.

—Un accidente —dijo el que estaba sentado en las escaleras, comenzando a bajar— que podría repetirse con usted, si no fuera adecuadamente comunicativa con nosotros. ¿Iba a comunicar con alguien de la CIA, después de hablar con Guma?

—Sí —murmuró Olympe, aterrada—. Tenía que ponerme en contacto con la conexión directa a Roma.

El de la barba rió brevemente, casi con cordialidad.

—Nos ha dicho prácticamente todo lo que queríamos saber. Es decir, que todavía no ha comunicado a Roma lo que han estado averiguando sobre nosotros. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí..., sí.

—Bueno, entiendo que Roma se va a quedar sin una información que ampliase los primeros datos que ustedes enviaron. ¿Verdad que enviaron algunos datos?

—Sí —admitió de nuevo Olympe—. Enviamos el nombre del buque de ustedes y el rumbo que sigue.

Hubo un breve silencio, que a Olympe le pareció altamente amenazador. Los dos hombres cambiaron una mirada. Y por fin, uno de ellos movió la cabeza con gesto de disgusto.

—Bien... Habrá que tomar medidas en ese sentido, Robbia. Tendremos que esconder el barco y variar ligeramente el rumbo. Te ocuparás tú mismo de eso, cuando terminemos con la señorita U'Tamsi. En cuanto al barco, señorita U'Tamsi, ¿pensaban ustedes dejarlo pasar?

—No. Habíamos pensado detenerlo, incluso antes de que zarpase, de modo que la CIA habría llegado a tiempo de investigar más a fondo.

—Entiendo. ¿Dispone usted de algún otro compañero, aparte de éste llamado Guma?

—No. Además, en estos momentos no contamos con apoyo de ninguna clase, realmente.

—Excelente noticia. Otra pregunta más, señorita U'Tamsi. ¿Conoce el hombre de la CIA, en Roma, la carga de nuestro barco?

—Solamente la sospechamos —murmuró la bella muchacha negra.

—Pues sí que son listos ustedes —sonrió malignamente el llamado Robbia—. ¿No te parece, Toepffer?

—Demasiado —dijo éste, apuntando su pistola hacia el pecho de la negrita.

Ésta abrió mucho los ojos. De su boca brotó un grito que era más bien un gemido, y sus manos, de largos y delgados dedos, se interpusieron entre su pecho y la pistola de Toepffer.

Realmente, fue un gesto de lo más inútil e ingenuo. Los disparos, efectuados con silenciador por parte de Toepffer y Robbia, fueron simples chasquidos, que determinaron el decisivo paso de Olympe U'Tamsi desde la vida a la muerte.

La muchacha quedó tendida en el suelo, con una mano muy cerca de la horripilante cabeza decapitada de Guma, cuyos ojos cerrados hacía ya tiempo que habían dejado de contemplar la realidad de las cochinas de este mundo.

—Habrá que adelantar el viaje —masculló Toepffer—. Lo ocurrido aquí, en Tánger, aunque creamos haberlo solventado bien, no deja de ser inquietante.

—De acuerdo —sonrió Robbia—. Pero creo que, antes, deberíamos deshacernos de estos cadáveres, por si la negra nos ha mentado, y viniese alguien más por aquí, y al ver los muertos acelerasen su operación contra nosotros.

—Tienes razón —asintió Toepffer—. Hagamos eso, e inmediatamente partamos hacia Suiza.

* * *

El chalet estaba enclavado en Lugano, en el barrio de Paradise, a menos de

trescientos metros del maravilloso lago de Lugano, en el cantón de Ticino, Suiza.

La construcción, en un pequeño promontorio, permitía disfrutar de maravillosas vistas. La ciudad, al otro lado. Lugano-Centro, Cassarate, Castagnola, a la derecha. Y los embarcaderos Conveseo y Loreto a la izquierda... Un verdadero estallido de color, recogido todo en el arco de la costa lacustre de un azul purísimo.

En un salón del chalet, con las persianas graduadas para matizar la luz solar del exterior, los dos hombres y la mujer tomaban martini con unos grandes cubitos de hielo.

Ella era *madame* Léger-Vauthier. Parecía una auténtica dama. No debía tener mucho más de treinta años, y todo su gesto, su actitud, la definía como persona de clase. Esbelta, con el cabello color cobre y los ojos verdes... Un misterioso verde cambiante. Su piel, tersa, presentaba un agradable tono dorado. Vestía un traje pantalón, de bajos acampanados.

Había otra mujer en la reunión. Una mujer alta y maciza, de aspecto adusto y facciones que no parecían precisamente agraciadas. Se peinaba muy austeramente, recogiendo sus dorados cabellos en un antipático moño, que colgaba sobre la nuca. En cuanto a su indumentaria y calzado, era de lo más vasto, de lo más adecuado para ganar el concurso de la mujer menos elegante del mundo.

El hombre se llamaba Marko Rothmüller, y daba la impresión de ser una fortaleza. No tanto por su aspecto físico, más bien vulgar, como por la inteligencia y la decisión que brillaban en sus ojos, de tono pardo. Tenía un mentón fuerte, acabado en punta, y su aspecto, en general, resultaba atractivo y de una cierta elegancia.

Puesto que los tres habían oído llegar el auto, esperaban en silencio la visita. Visita que no se hizo esperar. Un criado abrió la puerta, y habló en italiano, dirigiéndose a *madame* Léger-Vauthier:

—Ya han llegado, *madame*.

—Que entren, Enrico. Les estamos aguardando.

Enrico se retiró, para reaparecer a los pocos segundos precediendo a los recién llegados, que entraron en el salón.

Rothmüller se limitó a hacerles un gesto con la mano, sonriendo. También *madame* Léger-Vauthier miraba sonriendo a los dos hombres, a los que recibió de manera evidentemente cordial.

—Bienvenidos, queridos. ¿Cómo ha ido el viaje?

—Hemos podido solucionarlo todo, *madame* —dijo Toepffer—. No obstante, quisiera insistir sobre el peligro que representaría seguir con nuestra actuación, ignorando la CIA. Podría reportarnos graves consecuencias.

Nicole Léger-Vauthier asintió con un gesto, y señaló a la mujerona de adusto y poco atractivo aspecto, que contemplaba a los dos recién llegados.

—Me parece que ya conocéis a Geraldine Barbet, ¿no es así? Ella es una parte muy importante en esta operación. Para decirlo más exactamente, diremos que la intervención de la señorita Barbet es importante para Rothmüller. En cuanto a

nosotros, creo que tenéis razón. Así que, de momento, suspenderemos los viajes hasta que todo se tranquilice un poco. Al fin y al cabo, las necesidades que tenía Rothmüller de nuestro material, ya han quedado cubiertas. ¿No es así, Rothmüller?

—Sí —sonrió éste—. Por el momento, y en lo que a mí concierne, pueden dejar de correr riesgos en ese sentido.

—Ésa es, verdaderamente, una buena noticia —suspiró Toepffer—. Confieso que estaba muy inquieto.

—Pues la inquietud ha terminado —rió Nicole Léger-Vauthier.

Toepffer asintió. Miró a Geraldine Barbet, y la señaló con un gesto de la barbilla.

—Por lo que yo sé respecto a la intervención de esta mujer en el asunto, considero que su presencia aquí es un tanto imprudente, *madame*.

—De ninguna manera —negó Nicole—. A todos los efectos, la señorita Barbet, como yo misma, es una gran admiradora del joven arte africano. Hoy, en África, hay artistas llamados a figurar en la historia del arte. En especial, pintores. La señorita Barbet, que vive en uno de los países africanos, digamos accidentalmente, puede ser considerada como una simple intermediaria entre el arte africano y su posible exposición, en diversos puntos de Europa. Uno de esos puntos podría ser perfectamente ciudades importantes de Suiza. Y yo, su introductora, su contacto artístico. ¿Lo entiende, Toepffer?

—Sí, desde luego. Bueno, celebro que todo esté tranquilo y bien planeado. En lo que a mí respecta, a partir de ahora todo lo que tengo que hacer es establecer una especie de... muro de protección, por decirlo así. Primero, me he dedicado a proteger la mercancía, pero puesto que, por el momento, los envíos de ésta van a ser suspendidos, me dedicaré a protegerles a ustedes. ¿Está de acuerdo, *madame*?

—Absolutamente —sonrió la atractiva Nicole—. ¿Y usted, Rothmüller?

—También, por supuesto —asintió Marko Rothmüller.

—Eso es lo razonable —asintió de nuevo Toepffer—. ¿Tienen idea del tiempo que tardaremos en terminar toda la operación?

—No sé —vaciló Rothmüller—. La parte técnica es la más difícil. Y no se trata de precipitarse, precisamente, sino de hacer las cosas no ya del mejor modo posible, sino perfectamente.

—Parece que todos estamos de acuerdo —sonrió Toepffer—. ¿Les importa que Robbia y yo nos retiremos a descansar? Estamos francamente agotados, después de lo sucedido en Tánger y del rapidísimo viaje que hemos tenido que realizar.

—Os habéis merecido un buen descanso —aprobó, siempre sonriente Nicole Léger-Vauthier—. Ya hablaremos, cuando os hayáis repuesto de todas vuestras fatigas.

—Gracias, *madame*.

Los dos hombres saludaron y se dirigieron hacia la puerta del salón. Después, en éste, quedaban los tres iniciales personajes: *madame* Léger-Vauthier; la maciza, alta y hosca señorita Geraldine Barbet; y el atractivo Marko Rothmüller.

—Parece que, finalmente, todo se ha resuelto de un modo satisfactorio —sonrió éste.

—Así es —dijo, con su dulce y bien cuidada voz, Nicole—. En realidad, en esta vida todo es un juego. Y lo único que hay que hacer es saber jugar.

CAPÍTULO PRIMERO

La bolita había dejado ya de saltar sobre los números de la ruleta, la cual estaba dando las últimas vueltas, seguida por numerosos pares de ojos ansiosos.

Por fin se detuvo, y entonces sonó la voz del croupier:

—Treinta y siete, impar y rojo.

Los rumores que se producían en el casino de Montecarlo eran muy discretos. Casi todos los presentes estaban habituados a las caprichosas jugadas de la bolita. Mientras unos recogían sus montones de fichas, otros, con cara impávida, jugueteaban con mano un tanto temblorosa con el siguiente montón a apostar.

La mesa estaba rodeada por hombres de esmoquin y mujeres con vestidos muy largos y escotados, enjoyadas, bellísimas, perfumadas... Mujeres que, cuando menos aquella noche, se podía decir que habían perdido, sin darse cuenta de lo que les ocurría. El motivo era que, más que atentas a la bolita, o incluso a sus maridos o acompañantes, y por supuesto a las pérdidas económicas, estaban pendientes del impresionante sujeto de oscuros cabellos y negros ojos que aquella noche parecía dispuesto a desbancar el casino de Montecarlo hasta su último franco.

Era muy poco probable que cualquiera de los reunidos en el casino ignorase quién era el atractivo sujeto de más de metro ochenta y cabellos revueltos, que llevaba el esmoquin de un modo impecable, con una soltura que sólo podía ser debida a la naturalidad, a los muchos años de haber estado habituado a vestir con corrección y elegancia.

No. No debía haber muchas personas que ignorasen que el atractivo y atlético sujeto de los ojos negros se llamaba Martin Klondike. ¿Quién era Martin Klondike? Pues para la mayoría de la gente que tan bien lo conocía, por medio de sus apariciones en todas las revistas del mundo, Martin Klondike era simplemente uno de tantos *play-boys* millonarios y guapos, como circulan por el mundo. Eso sí, uno de los más millonarios y de los más guapos.

Inevitablemente, Martin Klondike atraía las miradas. Y al parecer, aquella noche estaba atrayendo la buena suerte hacia él. Estaba ganando muchos miles de francos, y se mostraba sonriente y feliz. Lo estaba pasando divinamente, mostrando a todo el mundo el objeto que llevaba colgado del cuello, sobre la blanquísima camisa.

—Ya se lo dije a ustedes, amigos, es mi amuleto. Mi pata de conejo es infalible. Voy a jugar ahora a par y negro. Observen. Vamos, patita, una vez más... Dame la suerte.

Lo de la patita de conejo era, por supuesto, una de las nuevas genialidades de Martin Klondike, que se había presentado en el casino ya con ese objeto colgado del cuello. Como fuese, estaba ganando, y el croupier se esforzaba en disimular su irritación hacia aquel tipo que podía ser todo lo guapo que quisiera, pero que a él le

parecía rematadamente imbécil.

Imbécil o no, el croupier se vio obligado a cantar:

—Par y negro.

Se armó un alboroto, y comenzaron a llover nuevas felicitaciones sobre Martin Klondike que, riendo, recogía el montón de fichas que eran empujadas hacia él. Besó su amuleto una vez más, y lo colocó ante sus ojos.

—¿Qué te parece, patita? ¿Nos atrevemos al cero? Yo creo que sí debemos atrevernos, y ganaremos una pequeña fortuna. ¿Alguien más quiere apostar conmigo y con mi patita al cero...? Vamos, damas y caballeros, decídanse. Esta noche el casino de Montecarlo pasará a nuestro poder.

Hubo risas, comentarios divertidos, expresiones jocosas... Las apuestas comenzaron a llover sobre el número cero. El croupier se removía, inquieto, mientras la apretada clientela en torno a la ruleta continuaba siguiendo la directriz que aquella noche estaba señalando Martin Klondike.

Y así estaban las cosas cuando la mirada del *play-boy* se posó, de pronto, casualmente, sobre una de las elegantes mujeres que rodeaban la mesa de la ruleta. Era una muchacha joven, de grandes ojos negros, boca roja y húmeda, bellísima, y que llevaba un vestido blanco con un fantástico escote que prácticamente dejaba al descubierto los senos. Su mirada, con unos extraños destellos de picardía, estaba a su vez fija en la de Martin Klondike.

Tan fascinado debió quedar éste, que sólo reaccionó cuando oyó la voz del croupier:

—Nueve, impar y rojo.

El murmullo de decepción fue unánime. Muchos pares de ojos dejaron de contemplar la bolita para mirar con cierta animosidad a Martin Klondike, que había dejado de observar a la muchacha para contemplar, por su parte, la bolita.

Luego, miró la pata de conejo que pendía de su cuello, y exclamó:

—¡Estúpida patita de conejo, me has traicionado, ya no quiero verte más!

Se la descolgó del cuello, la tiró sobre la ruleta, ocasionando grititos de sorpresa y algunas risas mal contenidas, se puso en pie y se alejó.

Un minuto más tarde, al parecer malhumorado, Martin Klondike se hallaba sentado en uno de los taburetes del bar cuando la muchacha del vestido blanco y los senos casi al descubierto, se sentó a su lado en otro taburete. Lo miró, sonrió y saludó:

—Hola, oso.

—Hola, foca —respondió Martin Klondike.

—¿Me invitas a un trago? —rió la muchacha, divertidísima.

—Si tenemos tiempo, sí —murmuró Klondike.

—Tenemos tiempo, no te preocupes —aseguró la muchacha—. Tenemos tiempo de tomar una copa de champaña aquí..., y otra en la *suite* de tu hotel.

Martin Klondike se quedó pensativo unos segundos, mientras se rascaba la

coronilla. Por fin, con el gesto de quien se considera listísimo, propuso:

—¿Y por qué tenemos que molestarnos en beber champaña aquí, si podemos beberlo mucho más confortablemente instalados en mi *suite*, preciosa?

—No es ninguna mala idea —aceptó ella inmediatamente.

—Entonces, ¿nos vamos? —Guiñó un ojo Klondike.

—Cuando tú quieras, amor mío —rió ella.

Salieron del casino, llevando Martin Klondike de un brazo a la muchacha. Muy pronto llegaron a donde Oscar, el ayuda de cámara, el «valet» de Martin Klondike, esperaba junto al «Jaguar» del multimillonario americano.

—¡Caramba!... —se sorprendió verdaderamente el viejo Oscar—. ¡Pero si es la señorita Domenica!

—Hola, Oscar... —rió ella—. ¿Cómo te va la vida?

—Oh, muy bien. Gracias, señorita. Ya ve, siempre con Martin dando tumbos por ahí, a ver qué pasa por el mundo.

—Debes haberte convertido en todo un cosmopolita —rió la muchacha, inclinándose un poco para besar la frente de Oscar—. Apuesto a que tienes una conversación de lo más sabrosa, capaz de fascinar a muchísimas muchachas.

—Bueno... —sonrió de oreja a oreja el viejo Oscar—. Cada uno hace lo que puede.

—Si vais a seguir charlando mucho rato —masculló Martin Klondike—, yo me voy a pie al hotel.

—¿Por qué no te lo tomas con calma? —Le miró Oscar, tuteándolo con toda naturalidad—. A fin de cuentas, yo también tengo derecho a hacer conquistas, ¿no es así?

—¿Por qué no? —sonrió, de pronto, Klondike—. Si lo que quieres es acostarte con Domenica, por mí puedes hacerlo.

—No, no —se asustó Oscar—. Domenica es demasiado para mí. Creo que lo mejor será que te las entiendas tú con ella, Martin..., si es que te atreves.

—Me pregunto por qué demonios soy tan condescendiente —farfulló Klondike—. Tengo un ayuda de cámara que me trata como si fuese su nieto o algo parecido, y unos contactos en Europa que, en cuanto pueden, se zambullen conmigo en la cama. ¿Adónde vamos a ir a parar?

—Pues eso —rió Domenica—. A la cama.

CAPÍTULO II

Desde la terraza de la lujosa *suite* en el Hermitage, trente a la rada, con maravillosas vistas, Martin Klondike había estado contemplando el exterior hasta que llegó Domenica a su lado.

—¿Quieres más champaña? —propuso la muchacha.

Klondike se volvió, sonrió, tomó con dos dedos el delgadísimo tirantito de la brevísima y casi invisible camisita de dormir que llevaba la muchacha, y lo bajó. Se inclinó, besó el descubierto encanto femenino, y luego dijo:

—De acuerdo. Tomaremos otra copa de champaña. Va bien para reponer energías.

—¿El champaña? —se sorprendió Domenica.

—Sí. ¿Qué tiene de malo el champaña?

—Bueno... Generalmente, cuando se ha bebido bastante, lo que ocurre es que uno pierde fuerzas, no que las recupera.

—Bueno, eso será la gente normal. Pero tú y yo no somos gente normal, Domenica. ¿O sí?

—No —sonrió ella—. Somos dos tontos cabezotas, que trabajamos para ese organismo de espionaje y contraespionaje norteamericano llamado Special Agents Group, o sea el temido y poderoso SAG.

—Me parece que te estás pitorreando un poco del SAG —frunció el ceño Martin Klondike.

—Claro que no —negó la bellísima Domenica—. Ni del SAG, ni de ti. Sabes perfectamente que me encanta el SAG, tanto por su cometido internacional... como por el hecho de que, de cuando en cuando, me brinda la ocasión de pasar unas felices horas contigo.

—¿De verdad lo pasas bien?

—¡Huy!... —rió de nuevo la encantadora Domenica—. ¡No te lo puedes imaginar!

—Bueno, pues estamos empatados —guiñó un ojo Klondike—. ¿Okay?

—Okay —guiñó ella también un ojo—. Vamos a tomar esta copa... y de paso charlaremos un poco, Martin. ¿Te parece bien?

—Si a ti te parece que ya ha llegado el momento de hablar, por mí también está bien —asintió él.

Poco después, los dos estaban sentados en el diván, bien abrazaditos y sosteniendo cada uno de ellos una copa de champaña.

—Por mí puedes empezar cuando gustes —dijo Klondike.

—De acuerdo. Se trata de un contrabando de oro que nos está fastidiando bastante, Martin. El oro procede de África, concretamente de unas minas cuya explotación indirecta corresponde a hombres designados por el SAG. Lo que

significa que ese oro nos lo roban a nosotros, y desde África llega a Europa, después de ser tratado, elaborado o disimulado, no sabemos exactamente dónde ni cómo. Ese robo y contrabando fue descubierto por nuestro enlace en Tánger, Olympe U'Tamsi, que estuvo trabajando intensamente en ello, ayudada por uno de sus amigos, llamado Guma. La verdad es que, pese a que Olympe estableció dos conexiones con Roma, y poseemos bastantes datos, que hemos ampliado, quizá no todo resulte sencillo, porque nos estamos temiendo que hay algo detrás de esa línea de contrabando de oro que prácticamente tenemos ya al descubierto.

—Me parece que no comprendo.

—El oro, según Olympe U'Tamsi, era trasladado desde África a Europa en barco. Sabemos que, a raíz del tropiezo que tuvieron con Olympe, los contrabandistas disimularon el buque y variaron su rumbo. No obstante, nuestra vigilancia ha dado resultado..., aunque sólo en cierto modo. Pudimos echar un vistazo, pero sin descubrir rastro de oro.

—¿No será que os habéis equivocado de barco?

—Eso es muy poco probable, Martin, querido.

—Bien. ¿Qué carga hallasteis, pues?

—Encontramos cuadros. Pinturas, abalorios africanos, pequeñas esculturas muy modernas... La impresión es la de que el buque, sencillamente, transporte arte de África a Europa. Infinidad de cuadros y abalorios, vasijas, esculturas, toda clase de objetos artísticos... Del oro ni el menor rastro. Evidentemente, se puede pensar que nos hemos equivocado, pero los datos del buque coinciden, pese al disimulo.

—Pero si no hay oro en ese barco, pues es que no hay oro.

—Puede que no lo haya esta vez —refunfuñó Domenica—, pero estamos convencidos de que en ese barco ha viajado muchas veces contrabando de oro. Tenemos casi la completa seguridad de ello. Y hay más, claro. Sabemos casi el lugar exacto, el destino de la carga de pinturas y otros objetos artísticos africanos. Ese lugar es Lugano.

—Muy interesante. ¿Otro traguito, preciosa?

—Bueno —sonrió Domenica.

Bebieron un traguito cada uno, se besaron, con los labios todavía frescos de champaña, y la muchacha prosiguió:

—Concretamente, la carga llega a Lugano-Centro, a una galería de arte que tiene un *slogan* alusivo al joven arte africano. Esta galería de arte está regentada por una mujer llamada Nicole Léger-Vauthier, de la cual no tenemos antecedentes ni conocimiento alguno. Como sea, todo parece indicar que es la receptora del oro..., puesto qué ha sido la receptora de la carga artística de esta vez.

—No nos precipitemos... —rechazó Martin Klondike—. Esa mujer quizá haya recibido la carga artística, pero no tiene por qué ser la tapadera de un contrabando de oro.

—Comprenderás que no te hablaría así si no hubiésemos hecho determinadas

averiguaciones —dijo amablemente Domenica, besando en la barbilla a Klondike—. La cuestión es que esa elegante dama ha sido discretamente observada. Y se han puesto en evidencia sus relaciones con personajes que son conocidos nuestros. Por lo menos, uno de ellos, cuyo nombre es Marko Rothmüller. ¿Sabes algo de él?

—No... No lo recuerdo, al menos.

—Si supieses algo, lo recordarías, porque tu memoria es de computadora, querido —rió Domenica—. Bien, el hecho cierto e indiscutible es que Marko Rothmüller es un... digamos especialista en espionaje que se ha vendido varias veces al mejor postor, o sea al que mejor pagaba sus servicios. Pero desde hace tiempo, Rothmüller está trabajando en exclusiva para el Lien Lo Pou, el servicio secreto chino. ¿Qué te parece?

—¡Caramba con el señor Rothmüller! Debe ser un tipo de cuidado.

—Eso pensamos. Y por tanto, opinamos que detrás de lo que para nosotros sería un simple contrabando de oro, sin ninguna trascendencia, puede estar complicado con algo mucho más importante. Así que llamamos a nuestra jefatura en Washington, y fuiste designado para afrontar la situación. Por lo visto, Rothmüller ha conseguido situarse muy bien en la cabeza del servicio secreto chino. NO intervendría en una estupidez, del mismo modo que el agente del SAG Martin Klondike sólo es requerido cuando se produce una alarma considerable. Entonces, vamos a hacer una recopilación y exposición: tenemos un contrabando de oro que roban a una explotación que indirectamente controla el SAG. Por otra parte, si bien la receptora del oro, desaparecido no sabemos cómo, creemos que es *madame* Léger-Vauthier, desconocida para nosotros, tiene a su lado a Marko Rothmüller, veterano espía que hace varios años que está trabajando en exclusiva para el Lien Lo Pou chino. Y por último, aparte de personajes secundarios, hay uno que ha llamado bastante la atención: es una mujer que dice llamarse Geraldine Barbet. Completamente desconocida para nosotros..., de modo que esperamos que nos soluciones esa pequeña falta de información sobre ese personaje.

—Haré lo que pueda. ¿Dónde se puede localizar a ese interesante grupito de personas?

—Viven en un chalet que parece ser propiedad de Nicole Léger-Vauthier. Está en Villa Boggia, Paradise.

—De acuerdo. De modo que no sabéis nada de uno de los personajes, esa Geraldine Barbet... ¿Cómo es ella?

—Pues, por lo que tengo entendido, más bien fea —rió suavemente Domenica—. Suponemos que es, o pretende hacerse pasar por un representante artístico de cierto país africano.

—¿Es negra? —Respingó Martin Klondike.

—No, no, es blanca. Pero ya sabes que eso no representa ninguna sorpresa. Mucha gente de raza blanca ha nacido en países africanos y viven allí, del mismo modo que nosotros vivimos en países ocupados por gente de raza blanca.

—Sí, sí... Bien. ¿Algo más?

—Pues sí —dijo súbitamente sería Domenica—. Todavía hay más. Lo cierto es que el asunto está aparentemente lo bastante complicado como para que precisamente el SAG haya recurrido a ti.

—Me gustan los elogios... Sigue, sigue, por favor.

—No es ninguna broma, Martin —murmuró Domenica—. Hemos descubierto la presencia de alguien más en Lugano. Alguien que no tiene conexión con ese grupo. Pero quizá eso sería mejor para ti, pues sólo tendrías que controlar un grupo y unos planes que pudiesen interesar al SAG... La verdad es que el personaje que también interviene es no poco inquietante. Se trata del agente ruso Ivan Halytchek. Está claro que Ivan Halytchek ha oído algo sobre esa gente, y los está investigando con bastante intensidad. Halytchek vive en un hotelito de Loreto, Lugano, en la vía Antonio Riva, 98. Como ves, se está produciendo tanto movimiento, que por fuerza se ha de estar tramando algo que nos llegue a interesar. Eso aparte de que no podemos permitirnos el lujo de que nos roben nada menos que cinco millones de dólares en oro hasta ahora. No podemos permitirnos el lujo..., ni tolerarlo, naturalmente.

—De acuerdo —asintió. Martin Klondike—. Ahora sigamos tomando champaña tranquilamente, mientras mi cabeza comienza a absorber y ordenar todos los datos que me has facilitado. Ya verás cómo, cuándo mañana nos despedamos, te llevarás muy concretas instrucciones mías respecto al plan que indudablemente se me ocurrirá para introducirme en ese asunto... y resolverlo, naturalmente, a favor nuestro.

—Eres el hombre más modesto que he conocido... —Le besó suavemente Domenica en la boca—. ¿Vas a necesitarme en Lugano, Martin?

—Todavía tengo que pensarlo, pero me parece que no. Sólo te necesitaré como enlace para pedir algo a Washington, si llego a concretar un plan de introducción. Y hablando de planes..., ¿qué estás haciendo tú en mi *suite*, y prácticamente desnuda?

—Pues eso —rió Domenica—. Un plan.

—Ah, bueno. Aprovéchalo, hijita, porque mañana mismo papá Martin Klondike se larga a Suiza.

CAPÍTULO III

Aún no hacía veinticuatro horas que el famoso *play-boy* americano había llegado a Lugano, cuando ya los periódicos, en sus notas de sociedad, destacaban la noticia, acompañada de alguna fotografía de archivo, o de actualidad conseguida por algún fotógrafo avisado.

Según la noticia, Martin Klondike estaba en Lugano dispuesto a descansar, para lo cual se había conseguido ya un pequeño y primoroso yate, con el que incluso había dado ya una triunfal vuelta al maravilloso lago de azules aguas refulgentes.

Sin embargo, Martin Klondike se alojaba en el hotel Rosa, en Rive Paradise, frente al lago, a sólo medio kilómetro de la playa pública. Pero los frondosos jardines, de verde intenso como nota de color predominante, eran como una barrera visual.

Aquella tarde, tras abandonar el yate que habían estado pilotando por turno Martin Klondike y su simpático ayuda de cámara, el viejo Oscar, ambos regresaban con el «Jaguar» al hotel, en cuyo estacionamiento privado dejaron el lujoso vehículo.

Poco después, aparecían en el vestíbulo, y Martin Klondike, siempre acompañado del fiel Oscar, se dirigió hacia la conserjería para pedir la llave de su *suite*.

—Tiene usted un encargo, señor Klondike —le entregó el sobre un conserje—. Llegó hace menos de una hora por mensajero especial. Parece que es urgente.

—¡Maldita sea mi estampa! —refunfuñó Martin Klondike—. ¡Apuesto a que tengo que resolver problemas de mis negocios, que mis estúpidos e inútiles secretarios no saben resolver por sí mismos! Y, encima, se gastan un dineral en mensajerías especiales para hacerme llegar trabajo. ¡Así les parta un rayo!

Dejando al conserje sonriente, y cruzando el vestíbulo ante la admiración de caballeros y especialmente de las damas, que quedaban boquiabiertas al paso del atlético y atractivo millonario, éste y el fiel Oscar se metieron en la cabina del ascensor, directos hacia la *suite* que ocupaban.

Un minuto más tarde entraban en la *suite*, y Martin Klondike se dirigió directo adonde estaba instalado el escritorio. Encendió la luz, se sentó y encendió un cigarrillo. Oscar, junto a él, le contemplaba expectante.

Mientras rasgaba el sobre, Martin le miró.

—Trae la linterna de infrarrojos, por favor, Oscar.

—De acuerdo —dijo el ayuda de cámara, sonriente.

Oscar se alejó para regresar muy pronto con un objeto de aparente sencillez, lo entregó a Klondike y éste, tras hacerle un gesto de agradecimiento, dijo:

—Apaga la luz, Oscar. ¿O. K.?

—O. K.

Oscar obedeció. No veía a Martin, quien había descompuesto lo que parecía una sencilla linterna y que, en realidad, era un visor de rayos infrarrojos, y un emisor de

éstos. Con éste aparató, absolutamente silencioso. Martin estuvo examinando aquellos papeles. Leyó el contenido, que no le pareció de gran interés; le hablaban de Rothmüller, cosa que él ya imaginaba, si no sabía.

Desechó los papeles, y tomó aquella cartulina completamente en blanco. Los rayos emitidos, y el visor, permitieron a Martin descubrir la fotografía que ocultaba una fina lámina. La cartulina era, en realidad, una fotografía cubierta. Había que quitar la cubierta adhesiva, sin causar daño en las imágenes, de fantástica claridad.

Fue una operación breve, cuidadosa. Finalmente, Martin quedaba con la fotografía en las manos.

—Luz, Oscar.

Oscar obedeció. Martin guardó el emisor de infrarrojos, y el visor. Tenía la fotografía sobre la mesa, y sus ojos la contemplaban atentamente, buscando algún fallo.

—Echa un vistazo, Oscar —pidió—. Dime si ves algún defecto.

Sin tocar la fotografía, Oscar se inclinó sobre ésta. Respingó, muy sorprendido, y miró a Martin a los ojos.

—Pero... ¿qué significa esto? —musitó Oscar—. Esos dos hombres que están contigo en la estancia, con una bandera de la China Roja, son... pues eso, chinos... Y te están sonriendo, y tú les sonríes, y estrechas la mano de uno... Martin, no lo entiendo...

—Te pregunto si ves algún fallo.

—Eso no, pero...

—Vamos, vamos, Oscar; se trata de una fotografía trucada, naturalmente. Recuérdame que felicite, en la primera ocasión, al fotógrafo.

—Le felicitaremos, pero aún no entiendo...

—Es una fotografía de archivo. Esos personajes son muy importantes, muy influyentes, en el régimen de Pekín. Lo demás es cosa mía. Saldré esta noche.

—¿Con esa fotografía encima? —susurró Oscar, palideciendo.

—Sí. Pero no temas —rió Martin—. No ocurrirá nada..., que yo no quiera que ocurra, claro está. También Domenica se sorprendió mucho cuando le hablé de esto. Por lo demás, lo único de interés que contenía el sobre es la fotografía. El resto son facturas simuladas, órdenes... Tonterías. Guárdalo por ahí. Yo sólo me reservo la fotografía.

—¿No sería mejor quemar el resto de los papeles?

—Haz lo que quieras.

—Dime. ¿Vas a salir ahora mismo, Martin?

—Después de cenar.

—¿Yo debo hacer algo?

—Sólo una cosa; compra ese yate que hemos alquilado hoy, y di que nos despedimos del hotel, que quiero soledad que viviré aislado de todo y de todos, en el yate, en mitad del lago. Y acondiciona el yate para que, por lo menos, nos sintamos

cómodos en él. ¿De acuerdo?

—Bien, de acuerdo.

—Entonces, vamos a cambiarnos para la cena. ¿Sabes? Me gusta Lugano. Tal vez decida comprar aquí alguna villa.

Se puso en pie y salió del despachito, ya quitándose la camisa clara, mostrando el poderoso torso desnudo, bronceado. Antes de salir, aún se volvió hacia Oscar, y dijo:

—Prepara ropa de campaña para mí, sin armas de fuego, y déjalo todo en el «Jaguar».

CAPÍTULO IV

El hombre salió del pequeño bosque con algo en la mano. Caminó sin prisa aparente, por la tranquila vía Boggia, en Paradise, siempre procurando pasar inadvertido. Cuando llegó a la altura del chalet de *madame* Léger-Vauthier se deslizó hacia el muro que, aunque alto y con verja, no debía ser un obstáculo insalvable.

Era un hombre de mediana estatura, de movimientos elásticos; se notaba firmeza, fuerza, en su cuerpo, que enfundaba en ropas negras. Un tipo de cabellos oscuros, cara cuadrada, boca muy delgada y ojos de un gris mortecino.

Lo que llevaba en la mano quedó pronto al descubierto: dos objetos, que el hombre empezó a preparar, antes de saltar a lo alto del muro. Lo primero, eran unas lentes que, sin duda, le permitían la visión nocturna; lentes acoplables con facilidad, que parecían, simplemente, de sol.

El segundo objeto era una pistola, aunque un poco rara. Una pistola silenciosa, que no disparaba balas. Mientras la montaba, pudo apreciarse el proyectil: un micro-espía, disimulado en una especie de flor de plástico, una magnífica imitación; una pequeña flor, con extraordinaria potencia de captación.

Había que dispararla, situándola bajo la ventana del salón que, aunque con las persianas entornadas, permanecía abierta.

El hombre acopló la pistola y, con las gafas puestas, se dispuso a llegar a lo alto del muro. Las lentes le servirían para captar el lugar ideal al que había que apuntar. Luego, le bastaba disparar y, en silencio, la flor-espía llegaría a su destino.

El hombre empezó a trepar.

Estaba asido con ambas manos al borde del muro, y con la pistola lanza-micros en el hueco de la cazadora y el costado, cuando ocurrió algo indudablemente inesperado para él: dos manos fuertes, grandes, bronceadas, tiraron de sus piernas; al segundo tirón, y con un jadeo, el tipo que trataba de trepar al muro fue derribado.

Cayó al suelo, pero pareció rebotar, pese a haberlo tocado con las rodillas. Quedó en pie frente a aquel gigante de cabello rubio y ropas oscuras. La mirada del gigante captó la intención de aquel hombre, y se ladeó ligeramente, para esquivar un golpe de karate. Tras la esquivada, Martin Klondike se lanzó al ataque.

El ruso Ivan Halytchek no pudo impedir que el canto de la diestra de Martin le alcanzara en el centro del rostro, en un hachazo que le dejó semiaturdido, vacilante. No obstante, pudo inclinarse, esquivando el nuevo golpe, pero retrocedió de espaldas al muro, quedando acorralado.

Estaba respirando hondo cuando Martin atacó de nuevo, amagando un golpe al rostro, que el ruso eludió. Pero no así el impacto en el estómago, que le dejó doblado, con el rostro desencajado, la boca muy abierta, los ojos en blanco.

Pero Klondike sabía que aquel enemigo era demasiado peligroso para tenerle

consideración, y no se detuvo en su acción, sino que golpeó de nuevo. Fue un doble golpe en las carótidas; golpe maestro.

Sin riego sanguíneo en el cerebro, Halytchek, muerto, quedó aún apoyado de espaldas en el muro, resbalando hacia el suelo, donde había hojarasca procedente de los árboles del jardín, algunas de cuyas copas sobresalían por encima de la verja de hierro.

Y quedó allí, de costado, inmóvil. Martin Klondike se inclinó sobre el ruso Halytchek. Martin llevaba en la mano una fotografía. Y tras un rápido registro de Halytchek, el agente del SAG se apoderó del billetero del ruso. De inmediato, introdujo allí la fotografía.

Klondike no se volvió, pese a oír ruido cerca de él. Por fortuna, había tenido tiempo de meter la fotografía en la cartera del ruso, así que el plan estaba perfectamente en marcha. Halytchek le había facilitado mucho las cosas al dedicarse a espiar el chalet de *madame Léger-Vauthier*. De otro modo, Martin se las tendría que haber arreglado para conducirlo allí... Pero, en efecto, el espionaje al que el ruso sometía a la casa había facilitado las cosas.

—No se mueva; siga así, inclinado. No suelte lo que tiene en las manos —sonó la voz, a espaldas de Martin. Martin obedeció, quedando como petrificado.

Eran dos hombres. Uno quedó a espaldas de Martin, y el otro, Robbia, quedó frente a él, automática en mano, silencioso, mirando alternativamente a Martin, al muerto y el billetero que Martin tenía en las manos. —¿Quién es usted?— inquirió.

Martin no despegó los labios.

Robbia miró al muerto.

—¿Y ése?

Tampoco Martin habló. Su mirada estaba fija en Robbia, quien sintió, inexplicablemente, la necesidad de humedecerse los labios.

—Regístrale, Viret —dijo, dirigiéndose al que estaba detrás de Martin.

Viret obedeció, sin encontrar resistencia. Quizá por eso parecía muy receloso, cuando murmuró:

—No lleva armas.

—No digas tonterías. Ha matado a ese hombre, así que...

Viret se inclinó junto al cadáver, lo examinó rápidamente y volvió a murmurar:

—A golpes, Robbia.

—Está bien... ¿Qué es eso? —señaló, de pronto, Robbia dos objetos caídos en el suelo.

Viret los recogió, los miró, sorprendido, y encogió los hombros.

—No sé. Esto parece una pistola, pero no lo es... Y esto son unos lentes de sol... Será mejor que vayamos adentro, Robbia. No me gusta esto. Yo arrastraré ese cadáver al interior; abre la verja principal. Tú ocúpate de que este tipo no se mueva. No está armado, pero evidentemente es temible. ¿De acuerdo?

—Claro. Usted, camine —ordenó Robbia a Martin.

Martin se irguió y se volvió entonces. Fue cuando Viret le vio el rostro, con claridad, y pestañeó, incrédulo. Empezó a realizar movimientos con la cabeza, que indicaban un desconcierto total.

—Robbia, conozco a este tipo... ¡Lo conoce todo el mundo que haya leído, siquiera una vez, una revista de actualidad! ¡Es Martin Klondike, un *play-boy* multimillonario americano!

—No digas sandeces.

—¡Es él!

Robbia, achicados los ojos, miró a Martin.

—¿Es usted quien dice mi compañero? —inquirió.

Martin se limitó a una leve sonrisa.

—Te digo que es él —insistió Viret—. Ya puedo decir que he visto una vaca volando... ¡Es increíble!

—Está bien, no perdamos más tiempo. Vamos a llevar adentro a este tipo, y todo se aclarará. Vamos, camine, Klondike, o quién demonios quiera que sea usted.

* * *

En el salón, Martin estaba estrechamente vigilado. Nadie comprendía, no obstante, la palidez de Rothmüller, su expresión, su forma de mirar a Martin.

—Rothmüller, algo ocurre —dijo Nicole Léger-Vauthier—. Aquí hay algo muy raro. Sin duda es Martin Klondike, el *play-boy* americano. He visto fotografías de él a cientos. ¡A miles!

—Sí, sí, estamos de acuerdo. Es Martin Klondike, un *play-boy* multimillonario americano. Pero...

Le estaban mirando todos. Martin Klondike se había apoltronado en un confortable sillón, y no parecía demasiado impresionado por lo que a cualquiera, sin duda, le habría parecido una situación hartamente comprometida. Detrás de él, muy atentos a cualquier posible reacción del *play-boy*, estaban Toepffer y Robbia. A un lado, mirando con expresión preocupada al millonario americano, estaba Geraldine Barbet, seria, silenciosa, siempre tan severamente vestida, tan poco atractiva con sus lentes, su moño, su rostro serio y sin maquillaje alguno...

En cambio, Nicole Léger-Vauthier estaba sencillamente encantadora. Llevaba un pantalón blanco, muy ajustado en los muslos sensacionales, y una blusita transparente. Eso era todo. A través del fino encaje de la blusa se veían, casi con toda perfección, los preciosos, sugestivos, senos de la mujer de los verdes ojos y boca sensual, que aparecía ligeramente fruncida en un gesto indeciso. Una larga y espesa mata de cabello cobrizo, cayendo en cascada sobre los hombros de Nicole, la convertían, sin duda alguna, en una imagen de típico erotismo. Típico y clásico, pero no por ello menos auténtico... y deseable.

Fue ella quien, en vista de que el silencio se prolongaba, exclamó:

—Estamos esperando, Rothmüller... ¡Nos tiene a todos sobre ascuas!

Rothmüller asintió y se acercó al prisionero. Al impávido prisionero, que le contempló con amable indiferencia.

—Tal vez le apetezca un cigarrillo, Klondike.

—En efecto, muchas gracias.

Si esperaban algún truco por parte de Rothmüller, se llevaron una decepción. Rothmüller ofreció un cigarrillo y fuego a Klondike, quien aspiró el humo sin disimular su placer; dirigió una sonrisa a Rothmüller, y éste pidió:

—¿Puede explicarse, Klondike?

—Lo siento.

—Déjenme a mí... —empezó Toepffer.

—Cállese —cortó, con un gruñido, Rothmüller—. Y es mejor que salgan de aquí ahora.

—Pero...

—¡No ocurre nada! —masculló Rothmüller—. Es natural que Klondike no quiera hablar..., a menos que yo me identifique plenamente. ¿No es así, Klondike? Vayan afuera. No les necesitamos, de momento.

Muy desconcertados, Toepffer y Robbia tuvieron que obedecer. Una vez se hubo cerrado la puerta, Rothmüller, con la fotografía que habían encontrado en el billetero de Halytchek, en la mano, agitándola, se dirigió de nuevo a Martin.

—Habría observado que lo que revela esta fotografía es para mí una enorme sorpresa, Klondike. Usted, es obvio, trabaja para los servicios secretos de Pekín. Conozco muy bien a estos dos personajes... tan amigos suyos. El que le está estrechando la mano, es Shang-Tei. El otro, Wong Tsei-Liang.

—¿Cómo lo sabe? —inquirió Martin, entornando los párpados.

—Es muy natural, son mis superiores —dijo, con leve sonrisa, Rothmüller.

—No le creo.

—Klondike, razonemos un poco, por favor. La verdad es que estas circunstancias no pueden ser más extrañas, pero debemos resolver la situación. Yo le podría demostrar que digo la verdad. No he tenido el honor de reunirme con Shang-Tei, ni de estrechar su mano, por lo tanto; pero, insisto, pertenezco a su organización. En estos momentos me encuentro trabajando en una misión delicada. Imagino que usted también, pero...

—Yo no estoy en misión —cortó Martin.

—No puede usted negar lo evidente.

—Está bien, le explicaré. El hombre que he matado era un agente ruso llamado Halytchek. Yo estaba actuando de modo particular, y por una sola razón..., que usted tiene en la mano; esa fotografía. Halytchek, con esa fotografía en su poder, y por razones muy fáciles de comprender, se había constituido en mi peor enemigo. Haga un pequeño esfuerzo, y trate de imaginar qué ocurriría con sólo que esa fotografía fuese publicada.

—Sí, por supuesto. Dada su personalidad... Pero es tan extraordinario... Sería no sólo un escándalo mundial, Klondike, sino su ruina, y algo peor.

—En efecto. Mi misión personal, tras localizar a Halytchek, es sencilla: recuperar la fotografía. Lo había logrado, cuando intervinieron ustedes. Es lo único que me interesa; la fotografía que Halytchek guardaba. Es obvio que tendré que viajar a Pekín para tratar de reorganizar mi sección y ver de identificar las fisuras producidas para que esa fotografía haya llegado a tomarse.

—Ahora le comprendo muy bien, Klondike. Por tanto, digamos que usted, con sólo matar a Halytchek, y recuperar la fotografía, habría concluido su trabajo personal.

—Pues sí... Aunque Halytchek no está solo en Lugano... Una agente rusa estaba con él, pero la he perdido de vista. Ignoro si tiene una copia, alguna reproducción de esa foto, y no pienso irme de Lugano sin haberme cerciorado de ello. Con el permiso de ustedes, claro está. ¿De veras trabajamos juntos?

—Muy de veras.

—Sin embargo, yo ignoraba su presencia aquí y su misión... Pero, es obvio, no me incumbe. Aquí hay dos soluciones. Una: colaboremos para encontrar a la rusa, Tania Starovna, y yo, a mi vez, si les puedo ser útil, no me negaré. Dos: que cada uno siga su camino, sin interferir en la misión del otro. La prudencia, la discreción, aconsejan, según mi punto de vista, adoptar la última solución apuntada. Olvidémonos mutuamente. Yo me marcho con el cadáver de Halytchek, y ustedes sigan adelante con lo suyo. Esto es todo.

Rothmüller reflexionaba intensamente.

Geraldine Barbet miraba con recelo a Martin.

En cuanto a Nicole Léger-Vauthier, ya le sonreía; le miraba con aquellos ojos verdes, un poco turbios.

—Creo que tiene razón, Klondike —dijo, por fin, Rothmüller—. Cada célula, cada grupo, debe resolver sus propios problemas. Nosotros, en verdad, teníamos uno, sin saberlo: Halytchek. Nos estaba vigilando, y lo ignorábamos. Es un tremendo fallo nuestro, salvado gracias a su afortunada intervención.

—No perdamos más tiempo —cortó Martin—. Yo debo encontrar a esa mujer, Tania Starovna. Y, repito, su misión no me incumbe. ¿Me devuelve la fotografía? Hace un mes que la busco.

Rothmüller la contempló de nuevo. Parecía vacilante, pero acabó por entregarla a Martin, quien, silencioso, se puso en pie. Fue hacia el hogar, apagado, y, una vez allí, con su encendedor, prendió fuego a la fotografía. La sostuvo hasta que quedó destruida, con riesgo de quemarse las yemas de los dedos. Destruída, convertida en ceniza, la soltó.

—Acaba de ocurrírseme algo... —dijo, de pronto, volviéndose hacia aquellas tres personas—. Halytchek rondaba por aquí, y no es descabellado suponer que Tania le secunde. Como han visto, Halytchek llevaba encima elementos de espionaje: las

lentes, el micro-flor... Tania debe estar oculta, y tendrá sus propios recursos.

—Es muy probable, en efecto. Pero ahora nosotros tomaremos medidas de seguridad, como es lógico.

—Eso es imprescindible, pero hay algo más: puede que ustedes la atrapen. En este caso, creo que deberían comunicármelo. Del mismo modo, si la atrapo yo, les informaré. Esto no significa que yo me inmiscuya en su misión, tan sólo es... una colaboración amistosa.

Rothmüller asentía con movimientos de cabeza.

—Es un buen trato —admitió—. ¿Dónde podemos localizarle a usted?

—Voy a vivir en un yate, en el lago. Se llama Florida. Ustedes conocen ahora mi doble personalidad... ¿Debo rogarles discreción?

—No se preocupe. Yo le garantizo su seguridad.

—Me aprecian mucho en Pekín; mi labor, en general, es importante —deslizó Martin, mirando con fijeza a Rothmüller.

—Nadie lo pone en duda. Además, dada su personalidad a la vista, yo le estoy calculando ahora unas posibilidades asombrosas como espía.

—Bien. ¿Puedo irme?

—Desde luego.

—Me llevaré el cadáver de Halytchek, para...

—No se tome molestias —cortó Rothmüller—. Le enterraremos en el jardín del chalet. Discreción garantizada.

—Magnífico. Muy amables. Recuerden: yate Florida, en el lago. Si no estuviera, dejen información a mi ayuda de cámara; es de absoluta confianza. Comprendan que estoy obligado a moverme para localizar a Tania.

—Lo entiendo. Ojalá podamos decirle, pronto, algo al respecto.

—Luego, nos olvidaremos mutuamente —condicionó Martin.

—Por supuesto.

Martin se acercó a Nicole, e hizo una breve reverencia.

—Ha sido un placer, *madame*.

—¿Por qué se marcha, señor Klondike? —susurró ella—. Yo creo que estaría muy bien aquí, y a salvo.

La mirada de ambos parecía fundida. Martin Klondike negó con un gesto.

—Podría ser peligroso —musitó—. Es mejor que no volvamos a vernos, a menos que sea por el asunto de Tania Starovna.

—Con lo cual, cabe la posibilidad... —dijo Nicole, con suavidad, mirando con ojos velados a Martin.

—Naturalmente, *madame*. —Martin se volvió hacia Rothmüller—. ¿Quiere indicar a sus hombres que tengo la salida franca?

—Ahora mismo.

Rothmüller se ocupó de que Toepffer y Robbia no supusieran el menor obstáculo para la salida de Martin del chalet. Luego, Rothmüller regresó al salón, donde

Geraldine Barbet estaba dando vueltas, un poco nerviosa. Al ver a Rothmüller se detuvo ante él.

—¿Por qué está nerviosa? —sonrió Rothmüller.

—Lo siento, pero no puedo evitar cierto recelo. No es que conozca muy bien su mundo, el mundillo del espionaje, pero ciertas cosas se me antojan... demasiado fáciles. Además, me inquieta que los rusos se ocupen de nosotros; significa que no hemos sido todo lo discretos que requería el caso.

Rothmüller, algo preocupado, asintió.

—Aniquilaremos a esa Tania. Es decir —esbozó una breve sonrisa—, no tenemos que preocuparnos por ella, si Klondike la busca. El sorprendente Klondike. Es extraordinario en verdad.

—¿Por qué confía tanto en él?

—Sé lo que he visto en esa fotografía. Conozco a los dos personajes que estaban con Klondike. Mire, Geraldine, esto es asunto mío. Le aseguro que, si algo no fuese bien, podríamos recurrir a Klondike.

—Prefiero dejarle al margen.

—Está bien. Sobra esta discusión. En definitiva, lo único que ha ocurrido es que nos hemos deshecho de un enemigo, ese ruso, y hemos hallado un poderoso amigo: Klondike. No es tan malo como, parece. ¿Estás de acuerdo conmigo, Nicole?

—Por completo —susurró Nicole Léger-Vauthier.

—Perfecto, entonces. Tranquilícese, Geraldine. Todo va bien. Ya verá usted como todos conseguiremos nuestro objetivo...

CAPÍTULO V

El objetivo de Klondike estaba en un ángulo de aquella plaza, bastante grande, solitaria después de las diez de la noche. Por la tarde, el agente del SAG había estado observando discretamente el terreno, y su plan para entrar en las galerías de arte de *madame Léger-Vauthier* era factible.

Piazza della Riforma, en Lugano-Centro, frente al Embarcadero Central, ofrecía un bello aspecto de cuadro nocturno, con una calma rayana en lo bucólico. En cuanto a Martin, sabía pasar desapercibido; estaba en la esquina correspondiente a un lateral del viejo edificio de las galerías. Había torretas puntiagudas en los cuatro lados. Ningún edificio de la plaza destacaba de los demás: construcciones antiguas, sólidas, con ventanas pequeñas, cuyos marcos estaban pintados de blanco.

Martin tenía que llegar a la azotea de las galerías. Caso de no existir claraboya, lo cual era improbable, siempre quedaba el recurso de alguna de aquellas ventanas de las torretas. El agente del SAG no necesitaba más que sus manos, y unas ventosas en los pies, para trepar por la pared. El agarre para sus manos lo facilitaban las cornisas, y los marcos de las ventanas.

No fue difícil, ciertamente.

Una vez en la azotea, y tras quitarse las ventosas de los pies, Martin miró en torno. Había una claraboya, sí, pero resultaba impracticable, por lo cual se acercó a una de las torretas; la rodeó, decidiendo utilizarla. Del bolsillo extrajo un rollo de esparadrapo, con el cual llenó el cristal de grandes y gruesas tiras. Bastó luego un golpe para que el cristal, sin producir apenas ruido, fuese destrozado. Los trozos de cristal estaban pegados al esparadrapo, por lo cual no cayó una sola arista. Martin retiró los restos, y pasó al interior.

Vislumbró una escalera de caracol, pero esperó un poco para habituarse a la luz; luego fue descendiendo, despacio, atento a cualquier rumor, a cualquier señal que indicase alarma. Llegó al piso. Sólo la planta baja era utilizada como exposición, por lo que Martin ignoraba lo que podía hallar en el piso.

Tras una espera prudencial, decidió utilizar una diminuta linterna de poderoso foco, con el cual barrió las tinieblas. No vio otra cosa que mobiliario viejo, lleno de polvo, y una cabina de cristales, con escritorio y teléfono. Tal vez Nicole se instalaba allí para los asuntos de la galería.

Había que bajar.

Se acercó a las escaleras que conducían a la planta, ya sin luz alguna. El descenso le costó casi diez minutos. La impresión era que no debía temer nada, pero Klondike jamás se confiaba. Llegó a la exposición propiamente dicha: cuadros, abalorios, esculturas... Parecían fantasmas que podían entrar en movimiento de un momento a otro.

Todo quieto, en penumbra, con algunos contornos recortados.

Estaba con el ceño fruncido, reflexionando, cuando oyó un chirrido. Se abrió una puerta, y apareció una luz, no muy viva, pero suficiente para que Martin viese a aquel hombre que apareció de improviso. Con un silencioso y veloz movimiento, el agente del SAG se ocultó detrás de una escultura. Su mano derecha tocó algo duro, que parecía una barra de hierro; en realidad, era una especie de cetro de hechicero, pintado con vivos colores fosforescentes.

El hombre caminaba, y percibió, de súbito, aquel centelleo de colores. Ahogando un grito de alarma, se volvió. Justo a tiempo para recibir un fuerte golpe en la frente, que le dejó aturdido; al segundo golpe, cayó de rodillas. Martin asestó el tercero, midiendo bien sus fuerzas. Bastaba dejarle sin conocimiento.

Le miró, allí tendido en el suelo, con el rostro lleno de sangre. Dejó el cetro de hechicero y, ya salvada la vigilancia, fue hacia la puerta por la que había aparecido aquel hombre.

La abrió, y pasó a unas escaleras, que conducían a un sótano.

Un minuto más tarde, Martin estaba contemplando aquellos embalajes sólidos, que guardaban la última carga, según sus cálculos. Por lo tanto, podía deducirse que allí había cuadros y otros objetos de nuevo arte africano. Por lo menos, en apariencia.

Al azar, Martin eligió dos de aquellas cajas, para abrirlas. Calculaba que el vigilante, el portero de las galerías, tenía para media hora de sueño, lo cual consideraba margen suficiente.

Sin nervios, con movimientos precisos, utilizando una palanca que había en el sótano, abrió las dos cajas. Luego, examinó el contenido de la más grande, que medía metro y medio de largo por uno de ancho, con una profundidad de algo más de un metro.

En efecto, pinturas. Ya enmarcadas. Horribles y extraños cuadros. Parecía que los jóvenes artistas habían vertido a las telas los terrores ancestrales de sus antepasados, y los propios. Los colores eran muy vivos. Había en los cuadros desde representaciones de raras y pavorosas máscaras hasta desnudos.

Martin dejó un par de cuadros fuera, y la emprendió con aquella caja de abalorios y vasijas; también había esculturillas. Un sorprendente arte pagano.

Ni rastro de oro, sin embargo.

De todos modos, tomó dos cuadros, arrancó los marcos de cualquier manera, y enrolló las telas, que ofrecían cierta resistencia. Luego, agarró unos abalorios de los más pequeños, que podía transportar sin dificultad en los bolsillos.

Sin preocuparse de más, abandonó el sótano.

La salida de las galerías la efectuó sin dificultad.

* * *

—Eran malos, a mi entender, Martin, pero no tanto como para que los destrozases

como lo has hecho —dijo Oscar, sonriendo.

El cigarrillo colgaba de los labios de Klondike. Lo dejó en el cenicero, y pidió:
—Trae un infiernillo de alcohol.

Oscar pestañeó, y vaciló una décima de segundo, pero fue en busca de lo pedido, sin despegar los labios.

Mientras, Martin fue hacia el ojo de buey, para echar un vistazo al lago. El ojo de buey permitía vistas de Castagnola. Casi a medianoche, sólo algunas luces resultaban visibles, por lo que la vista se limitaba a un reflejo de color plata sobre la quieta superficie del lago.

Luego, Martin miró los cuadros. Había borrado, por el simple procedimiento de rascar, las imágenes. Sobre la mesita metálica rodante, estaba la pintura. Y la tela, en blanco, permanecía rígida, pese a no estar sujeta en el marco correspondiente.

—Aquí está el infiernillo —apareció Oscar.

—Enciéndelo.

Oscar lo hizo. La llamita azulina se alzó; el propio Martin la graduó luego. Y baje la atenta mirada de Oscar, empezó a realizar ciertos experimentos. Muy simples, al principio: arrojar al fuego la pintura obtenida mediante el rascado de la tela.

—Huele a colorantes —murmuró Oscar.

—Normal. La pintura contiene colorantes, barnices transparentes y goma.

—¿Y qué buscas?

—Ahora veremos.

Agarró una de las telas, y colocó una punta en la llama. Oscar miraba sin comprender, mientras Klondike estaba por completo concentrado en aquella operación aparentemente sin objeto.

Por fin, Martin explicó:

—Llegué a sospechar que el oro se encontraba en la pintura, Oscar. Pero no es así. El oro está en la tela.

—¿En... la tela? Pero ¿cómo es posible?

—¿Ves este tubo? Contiene cloruro —mostraba aquel pequeño tubo de ensayo, que mantenía cerca del fuego, con restos de la tela quemada—. Se está produciendo una solución, un líquido. ¿Lo observas?

—Sí...

—No tengo a mano sulfato ferroso ni sulfuro de hidrógeno, pero no me cabe la menor duda de que obtendríamos así un sedimento de oro. La tela, en realidad, es una pasta de oro en polvo. Ese oro, a mi entender, procede de yacimientos de conglomerado de cuarcitas; el oro aparece en estado de división muy fino, prácticamente, en polvo, una vez se obtiene puro.

—Pero... ¿todas las telas son de las mismas características? —exclamó Oscar.

—No lo creo. Pero han importado las suficientes. Aparte de que debe haber buena cantidad de oro en abalorios y esculturas. Todo lo que contiene oro está aparte, en el sótano, y te aseguro que cada vez trasladan cantidades importantes. Bien, al respecto

no queda nada por descubrir. Ahora, interesa saber qué hacen con el oro, en qué lo utilizan... Opino, sin embargo, que ese oro representa una financiación. La presencia de Rothmüller anula cualquier creencia de simple contrabando.

—Es asombrosa la organización que tienen en África —dijo, sorprendido, Oscar.

—Sin duda. Esto me hace pensar que debo separar cometidos. No creo equivocarme si señalo a Nicole Léger-Vauthier como artífice de esa organización de contrabandistas, y artífice, a la vez, de la ruta que sigue el oro, desde que es robado hasta que llega a Lugano, convertido en pinturas, en cuadros. Rothmüller es quien debe ocuparse de la financiación de lo que sea. Geraldine Barbet, la fea, es la beneficiaría..., en interés de China Continental. Con ese oro, pagan algo que la Barbet, a su debido tiempo, se llevará. Supongo que es así, aunque veo en este asunto complicaciones que parecen innecesarias.

Tras las últimas palabras, Martin sorprendió a Oscar, por la sencilla razón de que había hecho un lío con las telas y los abalorios, y, tras colocar un lastre, lo arrojó todo por el ojo de buey.

—¿Temes algo, Martin? ¿Por qué has hecho eso? —inquirió Oscar.

Martin encogió sus poderosos hombros.

—Trato de dar la sensación de que en las galerías ha entrado una mujer. Golpeé tres veces al vigilante, como si no tuviera fuerza suficiente para acabar de un golpe. Les hago creer, además, que interviene una rusa, compañera de Halytchek... Pero opino que no es suficiente para confiarme, y conservar aquí esas telas y abalorios. Cabe la posibilidad de que sospechen de mí.

—Ha sido una jugada muy arriesgada la tuya, desde luego.

Martin esbozó una fina sonrisa.

—Sí, es posible. Pero poco faltó para que Rothmüller se arrodillara ante mí... —dijo—. Ahora vamos a descansar.

* * *

Con los ojos cerrados, en *slip*, Martin estaba tendido en una tumbona de colorines, expuesto al sol, con el yate quieto casi en el centro del lago de Lugano. De vez en cuando, oía algún rumor y, si abría los ojos, veía volar aves en bandadas... Aquella vez, vio a Oscar, con un gesto preocupado.

—¿Ocurre algo, Oscar?

—Una lancha se acerca a nosotros. Son tres personas. Dos mujeres y un hombre.

—Ya... ¿Queda algún rastro de la pintura quemada? ¿Olor?

—Nada.

—Entonces, tranquilízate.

Martin abandonó su cómoda postura, se puso en pie y fue hacia la borda. Reconoció de inmediato a Nicole, a Rothmüller y a Geraldine Barbet, ya muy cerca del yate la lancha. Ordenó a Oscar que tendiera una escala, y la motora que utilizaban

aquéllos dejó de zumbar, ya junto al yate. Desde la borda, Martin les miraba, silencioso, con cierta frialdad. Pero ya subía Nicole, sonriendo, magnífica con aquellos *shorts*, el liviano jersey muy cortito, mostrando el estómago, el pañuelo a la cabeza recogiendo el cobrizo cabello...

En silencio aún, Martin la ayudó a ganar la cubierta. Luego, miró a los otros dos personajes, que llegaron por sus propios medios. Una vez todos arriba, Martin, con tono seco, dijo:

—Esto es una imprudencia, Rothmüller. ¿A qué se debe?

Rothmüller, inquieto, miró en torno, viendo a Oscar dedicado a las faenas del yate. La Barbet también parecía intranquila, recelosa. Sólo Nicole, con su sonrisa, sin apartar la mirada de Martin, parecía sentirse feliz.

—Ha ocurrido algo que puede ser grave, Klondike —dijo por fin Rothmüller.

—¿Respecto a su misión?

—Pues... sí. Sí, así es.

—Entonces, no me incumbe. Creí que sobre eso habíamos quedado de acuerdo.

—Espere, Klondike... Nos han robado algo importante. No por su valor intrínseco; no, no es eso. Es por lo que significa. Significa, ni más ni menos, que quien sea el ladrón sabe demasiadas cosas sobre mí. Sospecho que esa rusa, Tania Starovna, es la autora del robo. Ante los hechos, queríamos saber si usted ha conseguido localizarla.

—No. Les hubiese informado, tal como convinimos.

—Sí, así quedamos, es cierto... No obstante, resulta urgente, muy urgente, dar con ella. Se ha convertido en un peligroso enemigo. ¿Lo comprende, Klondike? Yo no voy a dudar ahora de la eficacia de usted. Por el contrario, quisiera pedirle una colaboración intensa. Sólo hasta que encontremos a Tania Starovna.

—¿A qué creen que me dedico? —Gruñó Martin.

Rothmüller se humedeció los labios, y miró de nuevo a su alrededor. Allí estaba la gandula, cigarrillos, un vaso que había contenido un refresco, estaba la bronceada piel de Martin...

—¿Piensa que vivo demasiado cómodamente? —inquirió Martin, con una sonrisita que hizo comprender a Rothmüller que sus pensamientos habían sido captados.

—No es eso, no. Bueno...

—Yo tengo mis métodos para trabajar, Rothmüller. Pero es evidente que no voy a descubrirselos.

—No queríamos molestarle, naturalmente.

Martin vaciló un poco, y decidió mostrarse algo más cortés:

—Está bien, comprendo su inquietud. Encontraremos a Tania. ¿Aceptan mi invitación a almorzar?

—No es posible —se apresuró a decir Rothmüller—. Geraldine y yo tenemos trabajo.

—Yo sí acepto —dijo Nicole, entornando un poco los ojos.

Martin la miró a los ojos, y sonrió a su vez.

—Magnífico, *madame*...

—Nicole. Llámeme Nicole, por favor, Martin.

—Con mucho placer.

Rothmüller se removió, inquieto, tenso.

—¿Podemos contar con usted, Klondike? —insistió.

—Creí que habían entendido que el más interesado en atrapar a Tania soy yo. Colaboraremos en ese asunto. Insisto en que de lo demás debo quedar al margen. Otra cosa, Rothmüller: no vuelvan por el yate. Una cosa es que yo localice a Tania, y otra muy distinta es que ella me localice a mí. Es obvio que ustedes están descubiertos por ella; probablemente, vigilados, controlados, seguidos... Si Tania les hubiese visto llegar aquí, yo podría pagar las consecuencias. No me gustaría volar con el yate, convertido en pedazos.

Rothmüller asentía con movimientos de cabeza.

—Lo siento. Y tiene razón, desde luego. Pero esos rusos...

—Los anularemos, no se preocupe.

—Eso espero. Bien... Entonces, Nicole, ¿te quedas?

Nicole rió brevemente.

—Sería imperdonable declinar la amable invitación del señor Klondike —dijo—. Nos veremos esta noche, Rothmüller.

—Sí, está bien. Vamos, Geraldine.

Geraldine Barbet asintió, acercándose a la borda. En ese corto espacio de tiempo, miró directamente a Martin Klondike, justo en el momento en que éste la miraba a ella de un modo extraño, con una cierta expectación en sus penetrantes ojos. La mirada del agente del SAG subió y bajó velozmente, recorriendo, con experto vistazo, el cuerpo de aquella silenciosa y poco atractiva mujer; vio las piernas, mucho más bonitas de lo que cabía esperar, y vio la línea de la boca sin maquillar, el suave contorno de la barbilla... La mirada de Geraldine Barbet se abatió, y Martin Klondike ya no pudo ver más sus ojos, pero sí aquel cuerpo que parecía... comprimido dentro de las severas ropas...

—Buen viaje... —deseó Martin—. Cuidado al bajar por la escala.

Geraldine Barbet le dirigió una mirada que a Klondike le pareció un relámpago, no sólo por su rapidez, sino por su viveza, por el sorprendente fuego que apareció brevemente en sus ojos. Eso fue todo. Rothmüller se reunió con ella, y señaló hacia abajo.

Utilizando la escala, Rothmüller y Geraldine regresaron a la motora. Ya sin más dilaciones, Rothmüller la puso en marcha, alejándose velozmente, dejando una estela de blanca espuma. Martin, apoyado en la borda, les miraba partir. Nicole, junto a él, observaba el perfil del gigante... Era imposible resistir la tentación de alargar una mano, y jugar con los rubios cabellos de Martin, agitados por la brisa...

—Agradezco tanto tu invitación, Martin... —susurró—. No te arrepentirás...

—¿Por qué habría de arrepentirme? —La miró, sorprendido, Martin.

—Bueno... A veces se hacen invitaciones por simple compromiso, como fórmula social, o porque nos creemos obligados a ello.

—No es mi caso —frunció el ceño Klondike—. Ya tengo demasiadas obligaciones y compromisos verdaderamente serios para preocuparme por tonterías como esas que mencionas.

—¿Quieres decir que te parezco tonta?

El gesto hosco de Martin Klondike se diluyó en una súbita sonrisa.

—No lo sé. Antes de decidir si una persona es tonta o es lista, hay que tratarla un poco a fondo. Y aun así, uno nunca puede estar seguro de quién es tonto y quién es listo.

—¿Qué quieres decir con eso? —rió Nicole.

—Pues... Podría ser que yo creyese que tú eras tonta, pero que resultase que el tonto era yo, por creer que tú eras tonta. ¿Dónde está la inteligencia y dónde la tontería? Para mí, que soy millonario, la tontería debería consistir en trabajar, ¿no te parece?

—Sí... Supongo que sí.

—Y, sin embargo, no sólo trabajo, sino que lo hago en una... llamémosla profesión en la que siempre tengo la vida en juego. Eso debería catalogarme como el más tonto de todos los tontos tontísimos de este tonto mundo.

—¡Yo creo que no eres tonto! —rió de nuevo Nicole.

—Muchas gracias. Ya veremos qué pienso yo de ti después de nuestras relaciones que tan simpáticamente se inician... Lo seguro es que de ninguna manera podré decir que eres fea.

—Lo que significa que te gusto —murmuró ella.

—A primera vista. Pero, como todas las cosas, quizá la primera vista engañe. Es como ver un buen cuadro... O mejor dicho, un cuadro que, a primera vista, y a cierta distancia, parece bueno. Pongamos, por ejemplo, un Gauguin. Vemos de lejos un cuadro... Cuidado con los peldaños, Nicole.

Le tendió la mano, y ella la aceptó, terminando de descender así al interior del yate, al pequeño saloncito, tan agradable, tan íntimo. Ella lo abarcó todo de un vistazo, y volvió a mirar a Klondike.

—¿Qué decías de un cuadro de Gauguin? —susurró.

—Decía que quizá viendo de lejos un cuadro cualquiera, podría parecemos, al primer vistazo, que era de Gauguin. Pero enseguida, al acercarnos, descubriríamos que era una falsificación, una vulgar copia. Claro que muchas veces para distinguir una falsificación de una obra auténtica, hay que ser todo un experto.

—¿Tú eres experto?

—En algunas cosas. Debo admitir que en pintura no lo soy demasiado.

—¿Y en mujeres?

—Me las he ido arreglando hasta ahora —sonrió Klondike.

—Lo que significa que sabrías distinguir perfectamente una mujer auténticamente hermosa, una... obra de arte, de una mujer aparentemente hermosa, una... falsificación.

—No creo que nadie pueda engañarme en asuntos de esa clase —admitió simpáticamente Martin.

Nicole estuvo unos segundos mirándole fijamente. Luego, despacio, retiró la mano que todavía le retenía Klondike, y llevó ambas hacia el borde del corto jersey que dejaba al descubierto su estómago. Cuando lo alzó, su cabeza quedó oculta por la prenda un instante, pero, en cambio, aparecieron los hermosos senos blancos, vibrantes, como en un bello salto de nieve viva. El jersey fue tirado a un lado. Instantes después, le seguían los *shorts*, con breve revoloteo...

—Bien... —Tembló la voz de Nicole—. ¿Cuál es tu veredicto?

Las manos de Martin Klondike se posaron en la breve y tersa cintura femenina.

—Pareces una hermosa, fresca y auténtica fruta madura... —susurró—. Pero quizá no estás madura. O quizá no estés tan fresca como parece...

—¿Pero sí soy hermosa?

—Eso, sí, sin duda alguna.

—Gracias. Respecto a lo otro..., ¿cómo crees que podrías averiguarlo?

—Que yo sepa —deslizó Klondike, inclinándose hacia los trémulos labios femeninos— sólo hay un modo de saber si la fruta está fresca, madura... y dulce: mordiéndola.

—Qué terrible perspectiva para mí... —suspiró Nicole—. Pero, por favor, hazte cuenta de que soy una fruta...

CAPÍTULO VI

Aquel camarote era pequeño para dos, pero ni Nicole ni Martin parecían advertirlo. Por el ojo de buey entraba claridad rosada; claridad de tarde agonizante. Aquel tono rosa, ciertamente, sentaba muy bien a la piel de Nicole. Por su parte, Martin parecía fascinado por el espectáculo de aquellos senos magníficos, turgentes, erguidos... Nicole tenía una cintura brevísima, flexible, unos muslos rotundos, redondeados, no carentes en absoluto de esbeltez.

Ella se había separado de Martin, tras aquel último beso agotador, asfixiante, casi desesperado, y allí, en pie, erguida, con los ojos ardiendo aún, lo miraba en silencio.

—¿Acaso te vas? —murmuró él.

—Volveré... Siempre que me quieras a tu lado, volveré... —dijo ella, ronca la voz.

Martin no volvió a hablar. Alargó un brazo para tomar cigarrillos, mientras Nicole, ante él, empezaba a vestirse. Cuando volvió a mirar a Martin, éste notó que Nicole tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué te ocurre? —se sorprendió.

—No podrás amarme de veras jamás, Martin.

—¿Por qué dices eso? Ya te he dicho que eras una de las más jugosas frutas que he probado en mi vida. ¿Te gusta que te repitan los halagos?

Nicole, tras vacilar un instante, se sentó junto a él y encendió un cigarrillo.

—Fui una mujer desafortunada, Martin... —musitó—. No has sido el primer hombre de mi vida, ya lo sabes... No lo has sido, por desgracia para mí. Pero quiero que sepas algo: contra mi voluntad me..., me ocurrieron tantas cosas... ¡Tantas...! Muchas veces pienso que, si he sobrevivido, es sólo porque soy una especie de bestezuela con escasa capacidad de sufrimiento.

—¿Por qué hablas así? No te comprendo, Nicole.

—Intentaré que lo comprendas. Para ello, en primer lugar, debo decirte que hace veinte años fui... vendida. Caí en manos de una banda que se dedicaba a la trata de blancas... Supongo que entiendes lo que eso significa. Yo vivía en París, entonces. Sola... Tal vez tenía malas inclinaciones, pero... Total, me encontré en África. Me rodeaban negros y árabes. Realicé un larguísimo viaje..., un infernal viaje. Estuve en venta en Lahore, Pakistán... Regresé a África con un jeque árabe. Luego... Luego, otra vez negros... Así, años, años larguísimos...

Las lágrimas rodaban por sus mejillas.

Martin murmuró:

—Lo siento, Nicole... No lo habría imaginado.

—Supe resistir, pese a todo. Me amoldé, como una pequeña bestia. ¿De dónde sacaba las fuerzas? No lo sé... Me acostumbré, y eso es todo. Pero pasaron los años,

y mis experiencias, mis conocimientos, sirvieron de algo... Incluso adquirí la libertad, pero proseguí mi vida en África, inmersa en asuntos de dinero, de mucho dinero... Oro. ¿Lo sabías?

—No.

—Digamos que mi... explotación no es legal. Lo mío es robo y contrabando... Quizá no he debido decírtelo.

—Eso no importa, Nicole. Mi vida tampoco es limpia.

—Martin, cuando podía empezar a arrepentirme de haber aceptado los tratos de Rothmüller, apareces tú, y ya todo es distinto para mí. Gracias a mi pacto con Rothmüller, te he conocido. Es lo más maravilloso que me ha ocurrido en mi vida. Y ahora, lo confieso, tengo un poco de miedo... Por el asunto de Rothmüller puedo perder mi sólida posición en África, en Burundi. En un poblado de Burundi, llamado Ganduro, que es donde están todas las instalaciones de mi organización. Mi trato con Rothmüller consiste en traer a Lugano la mayor cantidad posible de oro, que él me compra, a magnífico precio, en su totalidad. Pero ¿te interesa algo de Rothmüller?

Martin se encogió de hombros.

—No... Rothmüller, no. Sin embargo, hay algo que me tiene perplejo. Me refiero a la mujer que va con él —se apresuró a aclarar Martin.

—Geraldine Barbet... ¿Qué ocurre con ella?

—Tengo la impresión de que algo no es lo que parece, Nicole. Es, como te digo, sólo una impresión, pero... Hace poco estuve en Pekín, ya sabes eso. No consigo localizar las situaciones exactas, pero creo que oí algo sobre Geraldine Barbet.

—Bueno, es lógico, ¿no? La operación hace algún tiempo que fue puesta en marcha.

—Sí, sí... Pero oí decir que la Barbet era una mujer quizá demasiado vieja, lo cual inspiraba cierta desconfianza en los mandos chinos. Tal vez oí mal... El caso es que la Geraldine Barbet que yo he conocido no es una mujer vieja, Nicole. ¿O te lo parece a ti?

Nicole había palidecido.

Sus ojos estaban muy abiertos, fijos en los de Martin.

—Pero, Martin, ¡si eso fuera cierto, Geraldine es una impostora! —exclamó—. Y sería altamente peligroso para Rothmüller y para mí... Y para ti también, puesto que te conoce, sabe de ti el asombroso secreto de tu segunda vida...

—La primera vida —corrigió Martin, con una seca sonrisa—. La imbecilidad de que hago gala, a veces, es sólo una máscara. Ahora, Nicole, me estás viendo a mí, al verdadero Martin Klondike.

—Lo sé, amor... —Y le besó en los labios, gimiendo.

—De todos modos —gruñó él—, puedo estar equivocado con lo de la Barbet. Y no quisiera inmiscuirme y profundizar en esto, claro.

—Sin embargo, es una señal de alarma, Martin. Y empiezo a pensar que la propia Geraldine, o alguien que trabaja en la sombra para ella, han podido robar mis telas de

la galería. Oh, bueno, no sabes lo que han robado: oro... Ha podido ser Geraldine, sí. Si esa mujer es una impostora, ¿por qué no sospechar, incluso, que está en combinación con los rusos?

Martin arrugó el ceño.

—¿No es ir muy lejos, Nicole?

—No sé... Esto me pone nerviosa... ¿Cómo es posible que hay podido engañar a Rothmüller?

Martin se puso en pie. Dio unos pasos, reflexionando, observado por Nicole Léger-Vauthier, más nerviosa a cada segundo que transcurría. Por fin, se detuvo ante ella.

—Existen mil maneras de engañar a un espía, Nicole —dijo, por fin—. Y a veces el medio más sencillo es el más eficaz, por paradójico que te parezca. Sin embargo, insisto: no estoy seguro de lo de Geraldine.

—Habría que vigilarla, de todos modos... ¿No te parece?

—No puedo intervenir.

—¿Y si yo te lo suplicase? Esa mujer podría hundirme... Y hacerte daño a ti —añadió ansiosamente Nicole.

Martin parecía vacilar.

—Quizá sea cierto; yo puedo correr riesgos también... Pero no puedo dividirme, Nicole. Necesito, ante todo, encontrar a la espía rusa, a Tania. Por otra parte, ¿cómo dedicarme al control de la Barbet? En tu chalet, la vigilancia es más que suficiente. Dime una cosa: ¿los hombres de vigilancia obedecen a Geraldine, acaso?

—A mí. Forman parte de mi organización de contrabando.

—Entonces, quizá sea más fácil. Ya pensaré algo, Nicole. Comprende que no podemos precipitarnos.

—Pero tampoco confiarnos... De ser una impostora, y empiezo a convencerme de ello, no sabemos qué golpe piensa asestar, ni cómo ni cuándo. Podría ser esta noche, mañana, en cualquier momento...

—¿Dónde han ido ella y Rothmüller?

—Creo que es la zona de Mont Bré. Existe un refugio de montaña... No puedo darte datos que ignoro, lo siento. Pero muy a menudo ambos van a ese refugio. Es en la alta montaña. Tienen que tomar el funicular, desde Castagnola. Luego, descienden con telesillas. Y les recoge un auto en la estación, abajo.

—¿Nunca has ido tú allí?

—No. Yo cumplo mi parte del compromiso con lo del oro.

—Está bien. Intentaremos comprobar la verdad sobre la Barbet. Sería ahora largo y engorroso comunicar con Pekín, pidiendo datos exactos. Y no creo que podamos permitirnos perder mucho tiempo. Tranquilízate, Nicole, y, de momento, no digas una palabra a Rothmüller. Éste me ha parecido que está nervioso, que es impulsivo; podría cometer un error. ¿Lo comprendes?

—Sí, mi vida...

Martin se inclinó, y besó a Nicole en los labios. Luego, ella se puso en pie, con un suspiro tembloroso.

—Tengo que irme ahora. He de sacar toda la carga última de las galerías de arte, porque es peligroso mantenerla allí. Pero no dejaré de pensar en ti, mi amor. Llámame cuando quieras... Pero no importa, porque yo volveré, aunque no me llames... Otra cosa: ¿qué hago si descubro algo sobre Geraldine?

Martin arqueó una ceja.

—Cierto. Deberíamos poder ponernos en contacto con rapidez. Eso es posible, desde luego. Aguarda un instante.

Salió del camarote, y encontró a Oscar bajando las escalerillas.

—Trae un emisor-receptor, Oscar. Largo alcance.

—Bien.

—¿Has observado si hay alguna vigilancia en torno al yate?

—No. Estoy seguro de que no, Martin.

—*Okay*.

Martin regresó al camarote, con Nicole y, poco después, Oscar llamaba a la puerta, para entregarle el complejo de comunicaciones, diminuto, por cierto. Oscar desapareció, y Martin instruyó a Nicole sobre el manejo de aquel aparato. Luego, Nicole tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para separarse del hombre del SAG.

* * *

—Son más de las diez, Martin.

Martin alzó la mirada, posándola en los ojos de Oscar.

—Están nerviosos... —dijo—. Algo ha de ocurrir.

Oscar no podía discutir las ideas de Martin. Y le admiraba aquella espera larga, tediosa, que, no obstante, no parecía alterar en absoluto a Martin, que estaba en su camarote, con el torso desnudo, fumando, paseando de vez en cuando, mirando por el ojo de buey. Martin parecía muy seguro de que recibiría alguna llamada por parte de Nicole Léger-Vauthier...

—¿Qué esperas que ocurra? —inquirió Oscar.

Martin iba a despegar los labios cuando, en aquel momento, su pequeño complemento del aparato de Nicole, recibía una llamada. El agente del SAG se apresuró a sentarse.

—Ahora lo sabremos —dijo.

Se colocó el pequeño auricular en el oído, y le habló a la oscura rejilla que tenía ante él.

—¿Sí? —murmuró.

—Martin... —Oyó la cauta voz de Nicole.

—¿Qué sucede, Nicole?

—Bien... Geraldine está muy nerviosa. No sé si teme que la descubramos. Como sea, ha insistido en abandonar el chalet. Dice que su seguridad también cuenta, y que prefiere permanecer en el refugio de montaña. Rothmüller ha tratado de convencerla de que permanezca con nosotros, pero ha sido inútil, ella se marcha de aquí, de modo que ya no podré seguir vigilando lo que hace. Lo siento, mi vida.

—¿Ella ha salido ya?

—Aún no. Me he apresurado a comunicártelo. No sé qué hacer. ¿Puedes aconsejarme?

—Con gusto. Que se marche. No obstante, hay que cerciorarse de que va al refugio de montaña; podría ser sólo un intento de fuga, de desaparición... ¿Comprendes?

—Sí, sí... Tal vez miente, y lo que quiere es desaparecer, por miedo.

—Eso es. Veamos: tienes ahí tres hombres, ¿no?

—Toepffer, Robbia y Viret, en efecto.

—Con dos que la sigan es suficiente. Que sean discretos, que no se dejen ver por ella. Que la sigan hasta el refugio, que se aseguren de que permanece allí, sin incidentes. Luego, deberán informar de lo que averigüen. ¿Todo comprendido?

—Enviaré a Robbia y Viret.

—Bien, quienes sean. Cuando tengas noticias de ellos, comunica conmigo, Nicole. Pero sólo cuando ellos te hayan informado sobre los movimientos de la Barbet. Si no estoy, espera; yo tengo que desplazar el yate esta noche, y bajar a tierra. He recibido noticias sobre Tania Starovna. Puede que todo se solucione con menos complicaciones de las que están apareciendo.

—Entonces, debo limitarme a hacerle seguir, y recoger luego los informes que Robbia y Viret me den.

—Sí.

—Así lo haré, querido.

—¿Has dicho algo a Rothmüller sobre Geraldine?

—No, no... Prefiero que todo se solucione con calma.

—Muy sensata, vida mía. Hasta luego.

—Hasta siempre, amor...

Martin cortó la comunicación. Sin decir una palabra, fue hacia la salida del camarote, seguido por Oscar. Éste le conocía sobradamente, por lo que no necesitaba hacer preguntas. Le condujo a la sala del motor del yate, y abrió una compuerta que normalmente contenía herramientas, grasas, trapos sucios... Oscar había habilitado allí una especie de armario, que Martin ya había abierto. Se vistió con ropas oscuras, se colgó un negro y grueso jersey del cuello, y también tomó un gorro de lana, negro, con una borla que caía sobre la frente. Por último, observado con cierta sorpresa por Oscar, tomó una pistolita del 22, que ocultó en un bolsillo del pantalón.

—¿Vas al Polo Norte, Martin? Ese jersey, el gorro de lana...

Martin esbozó una sonrisa.

—Por las noches hace frío en alta montaña. Bote al agua, Oscar. Espérame en el embarcadero de Villa Favorita; está al sur de Castagnola.

—Bien.

Ya equipado, Klondike abandonó aquella sala, regresando al camarote para tomar su emisor-receptor, que guardó también en los bolsillos.

—¿Te lo llevas? ¿Qué hago si Nicole llama? —inquirió Oscar.

—No la vas a oír, no te preocupes. Vamos. Necesito llegar a la costa cuanto antes. Apenas tendré tiempo para tomar alguno de los últimos servicios de funicular y telesillas.

—Alguien podría reconocerte.

—¿Lo crees de veras?

Se puso el jersey, que resultó muy grueso, de modo que le proporcionaba una gran corpulencia; en cuanto al gorro, desprendía de su interior cabellos albinos, que ocultaban perfectamente las facciones y la forma de la cabeza de Martin. Oscar se limitó a parpadear, y a obedecer, como siempre.

* * *

Desde su posición, tratando de olvidar el frío, el aire cortante que parecía originarse en aquellos lejanos puntos nevados, recortados en el cielo con luna, el agente Klondike esperaba. Ya no podía prolongarse la espera más de quince minutos, puesto que había llegado el penúltimo servicio de telesilla.

Vio las dos siluetas que aparecían saliendo de la solitaria estación. Eran Robbia y Viret. Éstos, como era de esperar, habían tenido la misma idea que Martin: adelantarse a Geraldine Barbet, para no coincidir en el mismo funicular, con el lógico objeto de no ser vistos. Hubiera sido imposible pasar desapercibido en el pequeño vagón ascendente, teniendo en cuenta el escasísimo número de viajeros de los últimos servicios.

Abajo, un poco lejos, estaba Lugano. Parecía haber una doble ciudad: una de ellas, en torno al lago, y la otra, en las aguas, a causa de los reflejos de las luces.

Robbia y Viret se alejaron de la estación, hasta desaparecer de la vista de Martin, pero éste no se preocupó lo más mínimo; ya aparecerían de nuevo. Los tres estaban esperando lo mismo: la llegada de la Barbet. Llegaría con el último servicio de telesillas, por supuesto. Cuestión de unos minutos.

Martin soltaba chorros de vapor al respirar, por lo cual ocultaba la cabeza, metido en un pequeño bosque de coníferas. Se oían rumores de vez en cuando. No era descabellado suponer que alguna alimaña, en ocasiones, debía acercarse bastante por aquellos contornos.

Por fin vio la llegada de los telesillas. Sólo una de ellas estaba ocupada, efectivamente por Geraldine Barbet. La iluminación de la estación permitía ver perfectamente sus facciones, aparte de que su figura era inconfundible, tan recia y

hombruna... El telesilla desapareció en el interior de la estación, e instantes más tarde aparecía Geraldine, que llevaba un chaquetón forrado por dentro; se puso también un gorro de lana.

Era muy probable que Geraldine hubiese solicitado a los del refugio que la fuesen a buscar con un auto, por lo cual los minutos de que disponía Martin para su actuación eran contados.

Dependía de Robbia y Viret.

Muy bien, allí estaban.

Geraldine Barbet descendía por la pendiente. Se veían los chorros de vapor que soltaba. Detrás de ella, a no mucha distancia, Robbia y Viret, dispuestos a no perderla de vista.

Cuando Geraldine estaba pasando por detrás de unas coníferas, se sobresaltó al ver aquella silueta, aquel tipo voluminoso, que se abalanzó sobre ella.

No tuvo tiempo de reaccionar; sólo abrió mucho los ojos al ver aquella automática de largo y ominoso tubo; pensó que iba a arrojar fuego contra ella... No obstante, todo se limitó a un fuerte empujón, que derribó a la mujer a tierra.

—¡No se mueva, protéjase! —Oyó la advertencia.

Al mismo tiempo que decía esto, Martin apretaba el gatillo de su automática, provista de silenciador, que lanzó una breve y diminuta llamarada rojiza; un proyectil voló hacia donde se encontraban Robbia y Viret que, por unos instantes, muy desconcertados, habían quedado inmóviles.

Luego, llegó la reacción lógica, la que esperaba provocar Martin: Robbia y Viret tenían que responder al ataque. Y, en efecto, los dos hombres ya respondían al fuego, rabiosos, sin saber a qué atenerse; lo único, que debían defender sus vidas. Además, había resultado cierto; la Barbet era una traidora, una impostora...

Robbia, que se deslizaba hacia el lado derecho, en busca de un tronco de protección, recibió un impacto en la ingle. Su ronco grito de dolor fue ahogado enseguida por un segundo proyectil, que se le hundió en el estómago: De rodillas, con la mano izquierda llena de sangre, sujetándose el estómago, Robbia disparó, a ciegas...

También Viret disparaba, mientras trataba de acercarse a Robbia. Éste jadeaba, sacaba los chorros de vapor a estertores; trataba de desplazarse, pero acabó por caer de bruces.

Furioso, sin reconocer al tipo del gorro de lana y grueso jersey que les atacaba, Viret tiró varias veces, sin acertar; incluso sin ver a Martin, que estaba apuntando cuidadosamente para no proseguir con el vano tiroteo, pese a que podía ser captado por los fogonazos.

Apuntó con cuidado y apretó el gatillo. Viret no debía haber tenido la boca abierta... Fue como un pequeño túnel que atrajo la bala, la cual destrozó el paladar y atravesó el cerebro, para salir por la coronilla. Viret, fulminado, rodó por el suelo.

Sin perder un segundo, Martin se acercó a Geraldine:

—Vamos, rápido... ¡Muévase! Lo siento, pero no puedo felicitarla... ¡Rápido, puede haber alguno más!

Tiraba de ella, la hacía descender por la ladera, alejándose de la estación de telesilla. Ya se veía la carretera, abajo, estrecha, muy bien asfaltada, serpenteante...

Geraldine jadeaba, iba tropezando, pero aquel gigante no le concedía respiro... Ella le había reconocido, por fin. Y ya en el borde de la carretera, le miraba con recelo, con miedo, mientras Martin se quitaba el gorro de lana, para hacer desaparecer los aditamentos albinos, que colocó en el hueco del gorro.

—Klondike... ¿Qué está ocurriendo? —jadeó la Barbet.

—Se lo explicaré por el camino. ¡Vamos!

—Me espera un coche... Se retrasan, pero...

—Iremos caminando. No puedo confiar en nadie, y menos en las actuales circunstancias. Quien llegue con el auto puede ser su verdugo, ya que Robbia y Viret han fallado. Iban a ejecutarla, ¿lo entiende?

—Pero... ¿cómo es posible que...?

—¿A qué viene tanta sorpresa? ¿No ha visto cómo disparaban? —rezongó, ceñudo, Martin—. Es obvio que le han tendido una trampa. Pero yo lo sospechaba. A mi entender, ustedes no debieron confiar tanto en Nicole Léger-Vauthier. Esa mujer sólo vive para la ambición. Tiene demasiadas cosas en sus manos, muchos triunfos, poder suficiente. Y estamos en su terreno, y con sus hombres vigilando..., hasta ahora.

—Ella no ha podido ordenar esto. No, no...

—¿Quién cree, entonces, que ha enviado a Robbia y Viret? —masculló Klondike.

—No lo sé. Pero... ¿en qué beneficia mi muerte a Nicole?

—Debe saber lo que se está realizando en el refugio. Y si ella tiene mejor postor que los chinos, no hay por qué seguir perdiendo el tiempo buscando motivos. Hay que comunicar, en cuanto sea posible, con Rothmüller, y ponerle sobre aviso... Por lo demás, veremos si es conveniente la entrada en el refugio. Podría ser que allí hubiese gente de Nicole.

—Imposible. Son técnicos adictos a China... Están con Rothmüller, con nuestra operación.

—Es fácil para un buen espía infiltrarse. Lo difícil es que inexpertos como usted los detecten. Caminemos.

La agarró del brazo, y siguieron caminando..., naturalmente, dejando Martin la dirección a Geraldine Barbet.

CAPÍTULO VII

Se oyó el murmullo de Geraldine:

—Nos hemos cruzado con el auto. Paul se cansará de aguardarme. No esperaba que ocurriera nada de esto, sinceramente...

—Todo depende de la magnitud de la operación. Por otra parte, este asunto tiene ya las tripas al aire, dicho vulgarmente. Usted no ignora que el SAG y otros servicios americanos intervinieron en África. En la propia Lugano, aparecen agentes del Kremlin. Además, la ambición de Nicole... Lamento decir que no me satisface la forma en que han llevado este *affaire*.

—Yo no soy espía, Klondike. Me puse en manos de Rothmüller. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Está bien. Todos, alguna vez, hemos fracasado. Esta vez, el fracaso es atribuible a Rothmüller, pero no hay que ser demasiado severos, dado que el asunto empezó a ir mal en África, a causa del contrabando. Diga, Geraldine, si no es espía, ¿qué es usted?

—No soy más que una geóloga.

—¿De qué país procede? Lo evidente sería de Francia, pero...

—Africano —eludió ella—. Y no le diré más. Usted aseguró que no intervendría, Klondike.

—Lo dije. Pero estoy obligado a hacerlo, o las cosas irán muy mal. ¿Cuántas personas hay en ese refugio de montaña?

—Sólo tres, incluido Paul, quien, es obvio, regresará al ver que no me presento.

—¿Qué hacen los otros dos?

—Trabajan.

—¿También a estas horas?

—No sé si están descansando. ¿A qué viene todo esto?

—Sólo quiero cerciorarme de que esos hombres no están trabajando para Nicole Léger-Vauthier. Grábese esto en el cerebro, de una vez para siempre: si trata de introducirse en el camino del espionaje, si usted, en alguna otra ocasión, emprende un *affaire*, no se fíe de nadie. Es la primera lección del espía, su primera obligación: desconfiar. ¿Lo ha comprendido?

—Creo que sí. ¿Y he de fiarme de usted?

—No lo haga, y colóquese frente a las bocas de las pistolas de la gente de Nicole. Elijas.

—Está bien... Hay que admitir lo evidente: Nicole envió a esos dos hombres a matarme. Y es posible que ella quiera actuar por su cuenta en esta operación. Pero ¿qué hacemos? ¿Qué se propone usted ahora?

—Lo único sensato en la actual situación: cambiar de refugio, ir a otra parte para

proseguir los trabajos, sean cuales fueren éstos.

—No es tan fácil. Ahí están instalados todos los elementos que permiten trabajar a Mirno y Torcani... Ambos son de Albania, según dijo Rothmüller, y de absoluta confianza. Por lo demás, sabido es la afinidad entre Albania y la China de Mao. Son grandes sabios, y trabajan rápido y bien. Estamos a punto de llegar a las conclusiones definitivas que necesitamos. Apartarlos ahora de su trabajo, quizá resulte contraproducente. O una pérdida de tiempo inútil. Hemos trabajado mucho para conseguir esas instalaciones; no son de volumen, ni llamativas, pero sí muy costosas.

—¿Con el oro han estado ustedes pagando esas instalaciones? —inquirió Martin.

—Sí. Instalaciones clandestinas, claro está. Y como pago, sólo querían oro. Se negaban a admitir moneda; ni siquiera dólares, ni libras esterlinas, ni marcos alemanes. Los instaladores exigían oro. Por esa razón, Rothmüller se vio precisado a recurrir a Nicole, para tener oro en abundancia... Hemos concluido el pago de las instalaciones, y esos dos científicos trabajan en los análisis. Llegarán pronto a la conclusión que esperamos... Y yo, personalmente, sé que esa conclusión es favorable.

—Me está hablando a medias... Pero entiendo que les pidieron oro por realizar esas instalaciones clandestinas, y que Rothmüller recurrió a Nicole para obtener el oro, que pagaba con dinero que recibía de Pekín. China podía enviar dinero, pero no oro, y ahí fue donde tuvieron que recurrir a Nicole, que ha estado proporcionando su oro de contrabando, que le habían pagado espléndidamente con billetes de varios países... ¿Es así?

—Sí, en efecto.

—Tienen, pues, las instalaciones... ¿A qué análisis se está refiriendo?

—No son sólo análisis, sino procedimientos de separación, de obtención de la materia... Ahí está el refugio —señaló Geraldine.

—No hay luz —dijo Klondike, mirándolo ceñudo.

—Eso nada significa. Quizá están descansando.

—Vamos a entrar y a poner en claro ciertas cosas. ¿Hay teléfono en el refugio?

—Sí. Automático.

—Bien. Usted comunicará con Rothmüller. Pero no vamos a alarmarle demasiado, aún. Se trata de que Rothmüller, después de hablar con usted, se dedique a una discreta vigilancia sobre Nicole. Basta, de momento, con que no se deje sorprender por ella. Rothmüller no tendrá dificultades, puesto que está bajo el mismo techo que Nicole, lo cual facilita las cosas, aunque, a decir verdad, tengo prisa por saber si Rothmüller está vivo. No olvidemos que ha quedado con Toepffer y Nicole.

—No pueden haberle matado... —susurró Geraldine.

—Puesto que lo pretendían con usted, quizá hayan ya sentenciado también a Rothmüller. Y no me extrañaría que también colocaran el pulgar hacia abajo, en lo concerniente a mí. Sólo que yo espero conservar mi cabeza sobre los hombros durante muchísimos años más. Pero tampoco quiero alarmarla innecesariamente.

Recuerde: si Rothmüller vive, si se pone al teléfono, usted sólo tiene que decir que vigile a Nicole, y que procure que ella no lo note. ¿Alguna objeción?

—Estoy aturdida... Haré lo que me dice, aunque va contra las normas de desconfianza que usted me ha dictado...

—Ahora no le pido que confíe: ahora, le exijo que obedezca.

—Usted se irroga la responsabilidad, entonces.

—Ya ve que sí. No puedo hacer otra cosa, ya que, como usted y Rothmüller, trabajo para China, y debo apoyar la misión de Rothmüller, en una situación como la actual.

—Bien... Ahí está el refugio, y los profesores Mirno y Torcani, dentro. ¿Qué hacemos?

—Entrar, ya se lo he dicho —se sorprendió Klondike.

—Bueno, hay que adoptar algunas precauciones.

—¿Por qué razón?

—Creo que se desprende radiactividad.

Martin mostró la mayor impavidez ante la noticia.

—Pero es obvio que tienen equipos aislantes —dijo—. ¿O no?

—Por supuesto.

—Nada hay que temer, entonces. ¿Cuál es la fuente radiactiva?

—Se lo voy a decir: cobalto.

—Cobalto... ¿Usted lo ha traído de África?

—Sí.

—Es extraordinario... Sé que en África, concretamente en el antiguo Congo, y en Rhodesia, hay minerales, como la escuterudita, que son ricos en cobalto. No obstante, la felicitaría esta vez muy a gusto si usted hubiera conseguido sacar de África cantidades apreciables de cobalto... No es en absoluto fácil.

—En realidad, no se trata de ningún mineral de cobalto; no es escuterudita... Se trata de cobalto puro.

—Por favor, Geraldine... Yo no soy geólogo, pero sé que el cobalto no se encuentra puro, libre, en la naturaleza...

—Nadie ha dicho eso...

—¿Entonces? —Gruñó el agente del SAG.

—Es cobalto procedente de un gran meteorito... Y en ese meteorito sí se encuentra cobalto puro; cobalto 59, que es un isótopo estable, no radiactivo. Ese meteorito lo descubrí yo, Klondike. Yo. Es mío. La riqueza de cobalto puro que encierre, es, de mi propiedad. ¿Lo comprende usted? Yo sabía que en otros meteoritos se había encontrado cobalto puro; conozco las características... Descubrí aquel meteorito, casi como una montaña en miniatura, con apariencia de simple roca... De todos modos, para conocer su riqueza real había que llevar a cabo esos análisis, separando el cobalto libre del resto del meteorito, de las impurezas. Previamente, obtuve un pequeño bloque de ese meteorito, que es lo que han estado estudiando esos

dos científicos, una vez terminadas las instalaciones.

—Y aún no conoce el resultado de los trabajos de Mirno y Torcani.

—No, pero soy optimista.

—Ya... Usted, al descubrir el meteorito de cobalto, pensó en su beneficio. Buscó, contactos con alguien interesado en su compra, y Rothmüller fue quien captó la onda, y se presentó a usted diciéndole que él podía encargarse de todo. Entrada de oro para pago de instalaciones, el refugio, los científicos... Todo. Usted sólo tiene que esperar que le digan que en efecto el meteorito contiene cobalto puro, en cantidades apetecibles. Entonces, vende todo el meteorito, y asunto terminado..., previo el cobro, por parte de usted, de una cantidad que supongo será astronómica.

—Una exacta exposición de los hechos, señor Klondike.

—Se supone que usted no ha comunicado a nadie el emplazamiento de ese meteorito, que es como una montaña en miniatura.

—Por supuesto que no. Es cierto que soy una calamidad como espía, pero sé muy bien lo que conviene a mis intereses. Yo acepto vender el cobalto a China, pero no por simpatía, sino por interés propio.

—¿Tan sólo usted conoce ese meteorito, y su emplazamiento?

—Sólo yo.

Estaban casi frente a la entrada del refugio; una construcción de alto frontispicio, con dobles ventanas, y fachada de madera, bastante nuevo; el frontispicio terminaba en punta, y por los alrededores del refugio se veían coníferas que poblaban densamente el bosque.

—Una cosa más, Geraldine —dijo Martin—: voy a comunicarle mi nombre de guerra, ya que es más que probable que las futuras negociaciones las realice conmigo. Soy Cavalcanti. No lo olvide: Cavalcanti.

—Está bien: Cavalcanti. Nunca comprenderé ciertas cosas. Si de veras es usted un auténtico multimillonario...

—Lo soy, pero ese tema no tiene interés.

—De acuerdo.

Geraldine Barbet llamó a la puerta, mientras Klondike, con rápidos movimientos, extrajo los cabellos del interior del gorro de lana, y quedó convertido de nuevo en un albino, un tipo raro, con un flequillo horroroso. Tuvo tiempo sobrado para la leve transformación; leve, pero suficiente. Geraldine, por otra parte, no hizo comentario alguno al respecto. Para ella, aquellos espías estaban locos, y la verdad era que deseaba terminar cuanto antes aquel asunto; vender su montaña de cobalto a China y cobrar...

Se abrió la puerta, y apareció un tipo miope, de cabello gris, que reconoció de inmediato a Geraldine.

—Adelante, señorita Barbet... Pase al cuarto. ¿Quién es este hombre?

—Cavalcanti —rezongó Geraldine.

—Póngase los protectores. Pero han llegado a pie... ¿Y Paul?

—No sé... No lo hemos visto. Como no llegaba, vinimos a pie. Diga, Mirno, ¿cómo va todo?

—Hay sorpresas. Equípense primero.

—¿Sorpresas? Dígame lo...

—No se impaciente. Vamos, equípense.

Intervino Martin entonces, diciendo:

—¿No recuerda que tiene antes algo que hacer, Geraldine?: llamar a Rothmüller.

—Oh, sí... Ahí está el teléfono, en esa estancia... ¿Viene, Cavalcanti?

—Desde luego.

Curioso, el profesor Mirno les siguió hacia el pequeño estudio, donde estaba situado el teléfono de pared. Geraldine descolgó, marcó un número, y obtuvo respuesta instantes más tarde. Martin permanecía con el rostro impasible, con aquel flequillo albino y la desastrosa cabellera que le hacía irreconocible. Mirno parecía curioso, simplemente.

—¿Es usted, Rothmüller? —habló Geraldine.

—De momento, sólo voy a pedirle algo; procure vigilar a *madame* Léger-Vauthier. Sea discreto, no se confíe... Han ocurrido cosas, pero no es momento de seguir hablando. No quiero que ella desconfíe de usted. Podría costarnos caro. Debe simular incluso otra llamada, no diga que me he puesto yo al teléfono... ¿Comprendido?

—Haga eso, Rothmüller. Es muy importante.

—Hasta pronto.

Geraldine colgó el teléfono. Martin la miró con indiferencia, y luego al profesor Mirno, que parecía un poco inquieto ante lo que había oído.

—Yo quiero saber lo que ocurre, señorita Barbet —dijo—. Comprenda que lo que hay instalado en este refugio nos costaría a Torcani y a mí muchos años de cárcel si...

Intervino Martin:

—No se preocupe, profesor. Usted y su colega empiecen a desmantelar todo esto. Evite preguntas, protestas, comentarios... Es necesario abandonar esta zona. Yo soy quien más lo lamenta, pero desmantelen todo, y rápido, además.

—¿Desmantelar todo esto! Además, no podemos ir a otro sitio —protestó Mirno.

—Yo les proporcionaré un lugar seguro. Recojan lo más importante. Geraldine vendrá conmigo, y ustedes, una vez todo esto desmantelado, se pondrán en comunicación conmigo: Cavalcanti. Ya les proporcionaré una clave. Les garantizo que todo irá bien.

Llegaba el otro sabio, en aquellos momentos. Un tipo encorvado, de mirada vivaz, como la de un ratoncito.

—¿Qué sucede, qué ocurre aquí?

Mirno parecía consternado.

—Es una catástrofe... ¡Una catástrofe! Torcani y yo habíamos llegado ya, con nuestros análisis, a resultados magníficos. Tengo que comunicarle una gran noticia,

señorita Barbet: el meteorito es riquísimo. Cobalto puro, en cantidades increíbles... Su valor es de muchos millones de dólares, muchísimos millones. Imagine que ni siquiera se requieren procedimientos industriales para obtener el cobalto 59. Ni eso. Basta tomarlo, extraerlo de su envoltorio cósmico... Basta agarrarlo, tan sólo. ¿Y qué sucede para que todo esto corra peligro?

—Si quieren perderlo todo, pueden quedarse —masculló Klondike—. Por mi parte, no pienso dar más explicaciones.

—Yo no quiero perderlo —dijo Geraldine—. ¿Qué hacemos, Cavalcanti?

—Ya lo he dicho: desmantelar esto Mirno y Torcani se ocultarán hasta que yo pueda ponerme en contacto con ellos. Usted vendrá conmigo, y le facilitaré los medios y la ruta para salir de Europa. Las próximas negociaciones tendrán lugar en África... ¿De acuerdo? Pero de todo esto hablaremos luego. Ya concretaremos.

—Bien, pero las muestras obtenidas por...

—Que las conserven. Es la prueba que necesitamos para saber que su meteorito interesa. ¿Para qué quiere usted la muestra? Además, puede resultar un peligro llevarla encima.

—En absoluto —dijo Mirno, interviniendo—. El cobalto 59 no es radiactivo. Sólo es peligroso si con él se fabrica una bomba de cobalto. La explosión, la fisión, convierte ese isótopo en cobalto 60, y éste sí es peligrosísimo, pero, repito, no el cobalto 59. Lo que ocurre en este refugio es que, con nuestras manipulaciones, se produce radiactividad, aunque sin llegar a límites en exceso peligrosos.

—No importa, no importa —dijo, nerviosa, Geraldine—. Sólo me interesaba saber si el meteorito valía la pena. Según ustedes, han obtenido resultados óptimos.

—Sí. Y usted obtendrá sus beneficios —dijo Torcani—. No obstante, China ha gastado mucho dinero en estas instalaciones. Ahora, hay que desmantelarlas, y perderlas... ¿Por qué razón, pregunto?

—Infiltraciones —dijo Klondike, con gesto de fastidio—: dos agentes rusos aquí, y la CIA en África. Y posible traición, aquí mismo. De todos modos, si ustedes quieren correr el riesgo, quédense. Yo no esperaré a mañana para empezar a desmantelar.

—Es absurdo... Era aquí, en estos laboratorios instalados, donde hubiésemos ido recuperando el cobalto puro de este meteorito. ¿No lo entienden? —graznó Torcani—. Este refugio estaba señalado como base de operaciones técnicas. ¿O creen que sólo para la obtención de una muestra libre íbamos a emplear esos millones de dólares? ¡Éste es el laboratorio instalado para obtener todo el cobalto de ese meteorito, que hubiese sido trasladado en varios viajes, y en secciones...! Es muy fácil, ahora, ordenar que se desmantele.

Martin se mostró impaciente:

—Torcani, debe comprender el riesgo: no quería decirlo tan claramente, pero, puesto que me obligan, les voy a dar una buena razón para que comprendan la urgencia del desmantelamiento de este laboratorio: *madame* Léger-Vauthier, la

proveedora de oro, nos ha traicionado. Confírmelo, Geraldine.

—Es cierto —asintió ella—: sus hombres trataban de asesinarme.

Los dos científicos se miraron. Parecían desolados. Por fin, Torcani meneó la cabeza.

—Es un trabajo casi imposible, Cavalcanti... ¿No lo entiende?

—Ya basta: dismantelen —dijo, secamente, Martin—. O aténganse a las consecuencias. Vamos, Geraldine. ¿O prefiere quedarse?

—Voy con usted, Cavalcanti... Y ustedes harán bien en obedecerle. Ya han oído que he puesto sobre aviso también a Rothmüller.

Torcani inclinó la cabeza, y, con voz apagada, musitó:

—Vamos a empezar a dismantelar, Mimo...

CAPÍTULO VIII

Una vez en el exterior, Klondike miró en torno y dijo:

—No acabo de fiarme de ellos.

—¡Eso es absurdo! —exclamó Geraldine.

—Tal vez. Usted sitúese en la carretera, para cuando regrese Paul. Haga señas, deténgale.

—¿Y usted?

—No se preocupe.

Geraldine miró hacia la oscura y solitaria carretera. No parecía muy satisfecha, pero Martin no le dio alternativa. Desapareció prácticamente de la vista, y ella echó a andar entonces, aunque no se daba mucha prisa. En cuanto a Martin, tras examinar el contorno, se acercó al refugio. Echó un vistazo a la fachada, y luego buscó un punto de acceso.

No se trataba de una operación difícil en absoluto. Trepó tan sólo hasta que llegó con comodidad a los cables telefónicos que proporcionaban la línea al refugio. Con un objeto cortante, que había extraído del bolsillo, los cortó. De este modo, Torcani y Mirno no podrían comunicar con Rothmüller, si desconfiaban.

En realidad, Klondike realizó la pequeña operación muy a tiempo, segundos antes de que Torcani, ceñudo, levantase el auricular del teléfono, para llamar a Rothmüller. Golpeó el soporte, impaciente, nervioso.

—¿Qué ocurre? —inquirió Mirno.

—No sé, no hay línea. Si se trata de una avería, no puede ser más inoportuna, desde luego.

Insistió, pero inútilmente.

—Yo creo —dijo Mirno— que en todo caso debemos esperar el regreso de Paul, y, con el auto, ir a Lugano. Quisiera aclarar esta situación. Ese Cavalcanti ha dictado nuestra destrucción.

—Esperemos el regreso de Paul. Por cierto: tarda demasiado, ¿no te parece?

Mientras, en la cuneta de la estrecha carretera, Geraldine Barbet, sin ver a Klondike, esperaba la llegada de Paul con el auto. Vio, por fin, el par de ojos de potente luz, que avanzaba rasgando las tinieblas; en la soledad de la silenciosa montaña, el rumor del motor era ya muy claramente perceptible.

Sin analizar, Geraldine siguió al pie de la letra las indicaciones de Klondike. Así que salió al centro de la carretera, agitando los brazos. Fue vista, e identificada de inmediato por el conductor, quien fue reduciendo la marcha, acercándose al borde, hasta detenerse a sólo unos pasos de ella.

Paul se apresuró a descender del auto, acercándose.

—¿Qué ha ocurrido? —exclamó—. No entiendo nada... No sólo no estaba usted

esperando, sino que... Bien, iba a buscarla, y vi los cadáveres de...

—Eran traidores, Paul —explicó escuetamente Geraldine.

—Traidores... ¡Maldita sea! En todos los negocios aparece la mierda que...

Geraldine, desconcertada, miraba en torno. ¿Dónde demonios se habría metido Klondike?

Lo vio enseguida.

Aquello fue una sombra vista y no vista, en realidad; algo que se movió en la noche. Geraldine sólo pudo distinguir bien a Martin cuando éste se encontraba ya detrás de Paul, evidentemente dispuesto a no complicarse mucho la vida: utilizó la culata de la automática, que descargó sobre la coronilla de Paul. Éste apenas exhaló un gemido, y cayó, tratando, inconscientemente, de apoyarse en la carrocería del auto. Quedó en el suelo, junto a la rueda delantera derecha.

—Métase en el coche —ordenó Klondike a Geraldine.

—¿Por qué ha hecho esto? —Se resistió ella.

—Si son traidores, los motivos son obvios. Si no lo son, habrá tiempo para pedir excusas. Al coche.

Geraldine obedeció una vez más, mientras Martin metía a Paul en los asientos de atrás del coche. Luego, pasó a sentarse ante el volante, y, sin decir palabra, puso el auto en marcha.

—¿Adónde vamos? —musitó Geraldine.

—Regresamos.

—Regresamos... ¿adónde?

—A las calderas de Satanás. Y le voy a decir una cosa, tía lista: si vuelve a abrir la boca, sea en el momento que fuere, se la voy a romper como si fuese de pasta de galleta. ¿Me ha entendido bien?

Geraldine palideció, pareció a punto de decir algo, y, respingando, apretó los labios. Martin Klondike asintió, con un gesto hostil.

—No lo olvides —insistió—; una sola palabra más de esa boca de vieja gruñona, y te quedas sin boca. Pase lo que pase, tenla cerrada... ¿Okay?

Geraldine no abrió la boca ni siquiera para contestar con un *okay* que, ciertamente, habría sido la respuesta más exacta. Aunque, también ciertamente, en ocasiones, el silencio es la más exacta de las respuestas... Y la más conveniente.

Poco después, el coche se detenía delante del refugio. El agente del SAG paró el motor, miró a Geraldine, y señaló con gesto rudo e impertinente hacia la construcción, utilizando el pulgar, en un ademán premeditadamente vulgar.

—Mueve las patas, vieja vaca. Vamos a ver esos chicos listos que están trabajando para conseguir materia prima para bombas de las «buenas». ¿Alguna pregunta?

Geraldine apretó los labios, y, como premio bien merecido, Klondike le dio una cariñosa palmadita en una rodilla.

—Así me gusta, que lo entiendas todo. Oye..., ¿sabes que tienes unas rodillitas

muy mullidas? Chocante, nena, chocante. Saca el trasero del coche, vamos.

Salieron del coche los dos, y fueron hacia el refugio. Esta vez fue Klondike quien llamó a la puerta. Pasó casi medio minuto antes de que fuese abierta, por Mirno, que parecía preparado para salir. Se quedó mirando, sorprendido, a los dos.

—¿Qué ocurre ahora? —refunfuñó.

—Ocurre —dijo Klondike, entrando, llevando sujeta a Geraldine por un brazo— que olvidé presentarles a ustedes mi auténtica tarjeta de visita. Es una vieja costumbre que...

Torcani apareció, también preparado para salir. Como su colega científico, miró, sorprendido, a Martin y Geraldine.

—¿Qué pasa? —inquirió—. ¿Por qué han vuelto?

—Le estaba diciendo a su amigo que olvidé presentarles a ustedes mi auténtica tarjeta de visita —explicó amablemente Martin—. Lo que, debo admitirlo, fue una tremenda descortesía.

—¿A qué se refiere? ¿Qué tarjeta de visita?

El desconcierto de los dos hombres era evidente. Martin Klondike no quiso prolongarlo más.

—Por retorcidísimos motivos profesionales, he utilizado antes un nombre que no me gusta nada, en realidad. Me refiero al de Cavalcanti. En realidad, mi nombre es Martin Klondike, agente del SAG americano. ¿No saben de qué les hablo?

Los dos hombres estaban tan atónitos como Geraldine. El espía-contraespía americano movió la cabeza con gesto de conmiseración.

—Sí, hombres... El SAG es un novísimo invento norteamericano, que está superando a la mismísima CIA, en cuanto a resolver sucios asuntos de espionaje internacional, y cosas así. Además, tiene mucha más clase que la CIA, porque casi todos los que trabajamos en el SAG somos «niños bien», o sea gente a la que los dólares nos rebosan por las orejas. Digamos que al ser espías por vocación y no por dinero, tenemos un estilo elegante, señorial... ¿Ustedes comprenden? En cierto modo —suspiró—, somos unos románticos. Pero, en el fondo, tenemos una mala leche que si tuviesen que mamarla nuestros hijos saldrían jorobados. ¡Pobres niños!

—Usted está loco —farfulló Torcani—. Sea lo que fuere lo que pretende, está en un error, si cree que va a asustarnos.

—¿Quién habla de asustarles? —Abrió mucho los ojos el agente del SAG—. ¡Pero, hombre, si yo lo único que pretendo es romperles la cara!

Diciendo esto, dio un paso hacia Mirno, y como quien no quiere la cosa, le lanzó un espantoso puñetazo al estómago. El hombre ni siquiera tuvo fuerzas para gemir. Su rostro se desencajó, los ojos casi le saltaron de las órbitas, se llevó las manos al lugar golpeado, emitió finalmente una especie de suspiro, y cayó de cara contra el suelo, sin sentido.

Durante un instante, Torcani estuvo como paralizado, observando fascinado a Mirno. De pronto, dio media vuelta, intentando huir hacia el interior del chalet, pero

ya era tarde: Klondike le agarró por el fondillo de los pantalones, de modo que las piernecillas del científico se movieron en vano, sobre el propio terreno.

—Cuando te canses, me avisas —dijo el hombre del SAG.

Torcani volvió hacia él su rostro demudado por el espanto. Y recibió de lleno el puñetazo, que le reventó la nariz, los labios, y le hundió varios dientes. Quedó colgando de la mano de Klondike, como una piltrafa.

Martin le estuvo mirando un par de segundos, asombradísimo.

—No resisten nada, estos sujetos de menté tan desarrollada que pueden construir bombas. ¿Por qué será?

Lo tiró junto a Mirno, y se acercó a Geraldine, cuya palidez era preocupante. El bueno de Martin Klondike le dio unas palmaditas en una mejilla.

—Hala, hala, esto no es nada, señora... Vamos al coche a buscar al otro, y me ayudarás a hacer un trío de fardos. No de ases: de fardos. ¿Comprendes?

Salieron del chalet, sacaron a Paul del coche, y lo llevaron al refugio. Es decir, lo llevó Klondike, sobre un hombro, como quien lleva simplemente una bufanda. Lo tiró junto a Torcani y Mirno, y miró de nuevo a Geraldine.

—Me apuesto un pelo de... sobaco a que encontramos enseguida algo con qué atar bien a estos tres cerditos. ¿A que sí?

Cinco minutos más tarde, Torcani, Mirno y Paul estaban, en efecto, tan sólidamente atados que ni en cien años habrían podido soltarse por sí mismos. Martin Klondike se aseguró de ello a conciencia, miró a Geraldine, y señaló hacia el fondo del chalet.

—Vamos a un dormitorio.

—¿Pa... para qué...?

—Te voy a meter en la cama, te cantaré una nana, y así te dormirás como un angelote. ¿O prefieres que te cuente cuentos de bombas de cobalto que los chinos tiran por ahí, como si fuesen peladillas? ¡A lo mejor, eso te divierte mucho más!

—Se... señor Klondike, no... No, no, espere... Usted..., usted está confundido conmigo...

—¿En qué? —entornó los ojos Martin.

—Yo..., yo no soy... lo que usted piensa...

Los labios del agente del SAG se apretaron un instante, con dureza escalofriante.

—Deja que piense... ¿Tú no eres Geraldine Barbet, la preciosa criatura que ha querido venderle cobalto a los chinos para que éstos tengan bombas con las que jugar por el mundo?

—¡No!

—Caramba... ¿Qué te parece? Pues..., ¿quién eres?

—Yo..., yo... yo soy..., soy Geraldine Barbet, sí, pe... pero no sabía..., no sabía lo de las bombas, hasta..., hasta que oí que se hablaba de eso. Pero entonces ya..., ya no podía hacer nada, no..., no sabía cómo solucionar este apuro... ¡No era mi intención vender el meteorito para que fabricasen bombas!

—¿Pues qué creías?

—Bueno, yo..., yo pensaba que se iban a utilizar para..., para fines médicos, y... y cosas así... Luego comprendí que me habían engañado, pero ya no podía hacer nada... ¡Me habrían matado, y no habría ganado nada con ello! ¡Pero mis intenciones eran buenas!

Martin Klondike quedó muy pensativo, muy reflexivo, durante diez o doce segundos.

—Una vez —dijo, de pronto—, una señora quiso contarme un cuento para que me durmiese. Pero tenía más gracia que el que quieres contarme tú, Dine... ¿Te molesta que te llame Dine? Es un diminuto de Geraldine y queda muy fino e íntimo, ¿no te parece? Pues sí, Dine una vez quisieron contarme un cuento muy gracioso Yo tenía seis añitos, me parece. ¿Sabes cómo empezó el cuento, aquella señora? Pues empezó así: había una vez un rey muy bueno, muy bueno, muy bueno... ¿Qué crees que hice yo?

—No..., no sé...

—Le dije: ¡Señora, prefiero los cuentos de piratas, porque son más sinceros! ¿Te parezco vulgar? *Okay*, vamos a volver a ser finos y elegantes, entonces. Hablemos de cosas serias y con estilo: hay un meteorito de cobalto, que puede proporcionar a cualquier país yo qué sé cuántas bombas «C», que en mi opinión, como las otras, son de lo más repugnante de la vida. El meteorito lo quieres vender tú a los chinos..., y ahora vienes a decirme que creías que lo iban a utilizar para hacer papillas para abuelitos y para niños lactantes. ¿Es eso. Dine?

—No, no... Usted..., usted me aturde...

—Así no te darás cuenta de que te mato, querida —dijo amablemente Klondike.

—¡No tiene motivos para matarme! —gritó Geraldine.

—Te equivocas. Y te lo voy a explicar. Lo único que tú podrías proporcionarme es la información respecto al paradero de ese meteorito, pero, lamentablemente, tal paradero no me interesa. Considerando que solamente tú sabes dónde está, y que, evidentemente, no debe ser en modo alguno fácil encontrarlo en tu región africana, salvo que se sea geólogo, como tú, el meteorito no me inquieta. Está bien donde está, por los siglos de los siglos..., si es posible, amén. Mi país, y el mundo, pueden pasarse sin ese meteorito. El resto del asunto sé muy bien cómo controlarlo, de modo que ya no necesito tus informes, ni tu compañía, ni nada de nada. Y por si eso fuera poco, eres fea y vieja, de modo que ni siquiera podrías ofrecerme el aliciente de violarte. Así que..., ¿qué motivos tengo para conservarte con vida?

—A decir verdad —susurró con voz tensa Geraldine—, usted no ha acertado ni una, señor Klondike.

—O sea, que soy tonto.

—O es tonto, o no tiene ojos en la cara.

—¿Dónde supones que los tengo?

Geraldine Barbet movió la cabeza.

—Concédame una oportunidad... Una sola, y, si le convengo de que se ha equivocado en algo, sólo le pediré, a cambio, que me permita explicarle todo lo demás.

—Yo no me he equivocado en nada —dijo secamente Klondike—. Tú lo sabes muy bien.

—En lo referente a mí, se ha equivocado EN TODO. ¿Me concede esa oportunidad?

—No pierdo nada con ello. ¿En qué consiste?

—Venga a buscarme a un dormitorio dentro de... tres minutos. ¿Está bien así?

Martin Klondike adoptó una expresión irónica. ¿Quería la fea Geraldine jugar a las cacerías por aquellos lugares? ¿Pretendía escapar, pensando que él no podría alcanzarla?

—Está bien así —sonrió—. Tres minutos.

Geraldine Barbet se fue hacia el interior de la cabaña, y Klondike quedó pensativo. Su plan estaba funcionando bien, utilizando el sistema de las marionetas. ¡A veces, era tan simple todo! Lo único que hacía falta era saber mentir, enfrentar a unos con otros, manejarlos como títeres..., como son manejados algunos muñecos en manos de artista. El artista los mueve, los maneja como quiere, les hace decir lo que quiere... Así estaba afrontando él aquel asunto, así estaba manejando él a los personajes: como muñecos en manos de artista.

Pero en cuanto a Geraldine..., ¿era más lista que los demás? ¿Tenía escondido algún juego que él podría luego utilizar para resolver definitivamente aquel enredo del meteorito de cobalto?

Habían pasado los tres minutos. Klondike se fue pasillo adentro, miró en un dormitorio, y no vio a nadie allí. Muy lista, la vieja vaca africana. Pero, en fin, si lo que quería era correr entre los abetos llevando detrás a un lobo del espionaje como era él...

Geraldine Barbet no había escapado, sin embargo.

Estaba en el siguiente dormitorio.

Es decir... ¡Demonios, claro que no era ella! Simplemente, para sorpresa de Martin Klondike, intervenía en el juego un nuevo personaje.

¡Y qué personaje!

Era una mujer, eso sí. Una mujer como Klondike no había visto otra en su vida. Estaba desnuda, de pie junto a la cama, mirándole. Su cuerpo era tan hermoso, tan espléndido, que el agente del SAG notó como un latigazo en todo su cuerpo. Se quedó mirando en silencio las bellísimas formas turgentes, los largos cabellos sueltos, del calor del oro, los enormes ojos que parecían hechos de agua azul con luz... El rostro era hermoso, de rasgos suaves, de boca delicada, de nariz fina y recta... Era tan hermosa, que Martin Klondike estuvo casi medio minuto mirándola en silencio, impresionado como nunca en su vida.

Por fin, miró hacia la cama, y vio allí las ropas de Geraldine Barbet, los lentes, los

rellenos que sobresalían de los sujetadores y de otras prendas. En el suelo, los feos zapatos gruesos, de tacón cuadrado y bajo.

El agente del SAG se pasó la lengua por los labios, y musitó:

—¿Eres..., eres tú, Dine?

La bellísima criatura sonrió, y replicó:

—Ha perdido la apuesta, señor Klondike. Y ya sabe usted cuál es el precio: escucharme.

* * *

Martin Klondike llegó por fin a la zona residencial de Viganello, tomó por Via Pico hacia el sur, y atravesó Castagnola. Era muy tarde ya, así que circulaba prácticamente en solitario, pese a lo cual, moderó la velocidad. Poco después, a cierta distancia del embarcadero, decidió abandonar ya el coche que, en todo caso, sólo debería servirle para comprometerlo.

Tras abandonarlo y olvidarlo con total indiferencia, continuó a pie hacia el embarcadero, al cual llegó en menos de cinco minutos. Y antes de otro minuto, abordaba el yate. Oscar apareció inmediatamente, conteniendo a duras penas un gesto de alivio.

—Ya estás de vuelta —dijo tontamente—. Creí que... Bueno, tonterías.

—Exactamente —sonrió Klondike—: tonterías, Oscar.

—Algún día mis temores no serán tonterías.

—Eres un viejo agorero —farfulló Martin—. ¿Por qué has de pensar siempre lo peor? ¡Podrías pensar que vengo de pasarlo estupendamente, digo yo!

—Cuando lo pasas estupendamente, me entero de ello, y sé dónde estás. Es cuando te complicas la vida cuando no sé dónde estás ni cómo lo estás pasando.

—Eres todo un filósofo. ¿Alguna novedad?

—Por aquí, no. ¿Y por tu parte?

—¡Uf! —Agitó una mano Klondike—. ¡A montones! Pero vamos abajo, viejo amigo, y charlaremos con toda comodidad.

Martin dio una palmada a la espalda del viejo y fiel Oscar, y ambos desaparecieron en el interior del yate...

Quince minutos más tarde, Oscar reaparecía en cubierta, saltaba a tierra, y se alejaba rápidamente.

Y mientras tanto, abajo, el agente del SAG se disponía a asestar el último golpe. Sentado ante los aparatos que podían comunicarlo inmediatamente con Nicole, Klondike repasó velozmente su última ocurrencia, se dijo que nada podía fallar, y acercó una mano al aparato que debía prestar el gran servicio de comunicar a seres humanos.

¿O no eran humanos?

CAPÍTULO IX

En su habitación del chalet, con las persianas entornadas, ataviada con un sutil pijama de color azul cielo muy fresco y transparente rozando su piel, Nicole tenía los ojos cerrados; su pecho se agitaba de vez en cuando; su mente, su cuerpo, estaban obsesionados de Martin Klondike.

¿Volvería aquella felicidad?

Miraba entonces sus aparatos de comunicación, silenciosos. No podía comunicar con él, en tanto no recibiera informes de Robbia y Viret. Ésa fue la orden de Martin.

Noche de calma; sólo algún ramalazo de luz aparecía, fugaz, a través de las persianas, en aquella habitación.

De pronto, Nicole se tensó. Sí, era una llamada para ella, por el aparato. ¡Martin! ¡Martin la llamaba...! Nerviosa, notando arder la piel, se apresuró a colocarse el auricular, y acercar los labios a aquella rejilla.

—Sí... ¡Sí, Martin! Estoy a la escucha. ¿Qué ocurre?

—¿Cómo estás, amor?

—¡Tan impaciente...! Te hubiese llamado, pero no he recibido noticias de Robbia y Viret. Estoy inquieta. ¿Qué crees que puede haber ocurrido?

—Lo ignoro. Es ya tarde, y por eso te llamaba, Nicole. Entonces, ¿no sabemos qué está ocurriendo con Geraldine Barbet?

—No... Es raro que Robbia y Viret prolonguen tanto su silencio. Tengo miedo, Martin.

—Tranquilízate. Saldrán bien las cosas.

—Eso espero. Martin, ¿no podrías venir a...?

Nicole se interrumpió, de súbito.

Se había abierto la puerta de la habitación; se encendió la luz. Allí, en el marco, empuñando su automática con tubo silenciador, estaba Rothmüller, lívido, contraído el rostro. Su cara, que expresaba siempre fuerza, decisión, sólo mostraba un rictus de odio en aquellos momentos. Así pues, Geraldine había estado en lo cierto: había descubierto que Nicole era una traidora...

Muy desconcertada por la actitud de Rothmüller, Nicole se puso en pie. Rothmüller se había acercado a ella.

—Trae el auricular —pareció chirriar su voz.

—Rothmüller, ¿qué significa...?

—¡Trae! —rugió él, arrancándose de un tirón—. ¿De dónde has sacado estos aparatos? ¿Quién es tu contacto? ¿Quién te paga por la traición?

—Pero..., ¡no es cierto! ¿Qué dices...? ¡Yo no soy la traidora!

—¿No? Muy bien: ¿con quién estabas hablando?

—Es... Klondike... Martin Klondike. Me dio esto para que pudiera comunicar

con él. Hablamos sobre Geraldine, y...

—No te creo. Cállate ahora, o te destrozo la boca a balazos.

Rothmüller se colocó el auricular.

Por lo visto, quien fuese que estuviera informando, no se había dado cuenta de lo ocurrido, y seguía hablando; sí, era una voz... rara. Desde luego, voz de mujer. Sí, al auricular llegaba una voz de mujer, con un acento ruso perceptible, que Rothmüller identificó enseguida:

—... y ejecutada la Barbet, tenemos a nuestra disposición todos los elementos necesarios, *madame*. A usted le basta con ser discreta, y ya le daré instrucciones para seguir adelante con nuestro plan. No se arrepentirá, *madame*. Yo doblo el precio del oro: diez millones... Es imprescindible que actúe con serenidad, naturalidad, eficacia. Se tambalearía todo, si Rothmüller sospechara de usted...

Rothmüller, achicando los ojos, con un relumbrón pardo en las pupilas, miraba con extraña intensidad a Nicole, que parecía no entender nada.

—E... es... el señor Klondike...

—Sabes que no, Nicole. Ya he adivinado quién es, y tiene su lógica, claro está: Klondike ya nos habló de ella, de Tania Starovna... Ella ha doblado el precio: diez millones.

—¡Mentira! —chilló descompuesta, Nicole—. Es Martin... Me dijo que Geraldine era una traidora, y que...

Rothmüller no podía soportar por más tiempo la tensión que le producía aquel acceso de odio. No. No pudo. Era evidente la traición de Nicole... Por tanto, había que acabar de una vez... Disparó por tres veces; tres proyectiles que salieron rabiosos en busca del cuerpo de Nicole, que fue empujada, derribada brutalmente, sin comprender lo ocurrido. Martin... Martin debía haberse equivocado... ¿Y hablaba Tania...? No, no... ¿Qué estaba ocurriendo? Estaba en el suelo, de costado, con el primoroso pijama, azul celeste lleno de sangre, los ojos verdes tan abiertos, llenos de horror...

Rothmüller ya no percibía nada por el auricular. Pero tal vez la rusa estaba aún allí. Era normal que ya hubiese notado algo raro en la comunicación... Rothmüller tomó una decisión, mientras la pistola aún humeaba en su mano, y miraba insatisfecho el cadáver de Nicole.

—Tania —llamó—. Tania Starovna... Sé que me oye, Tania.

Tenía la boca cerca de la rejilla; esperaba respuesta, pero ésta no llegaba. Notaba humedad en la frente, en la espalda.

—Tania, quiero hablar con usted —insistió—. ¿Me oye? ¿Está ahí?

Se oyó la voz femenina, apagada, con claro acento ruso:

—¿Quién es usted? ¿Y *madame*?

—Ya no habrá trato con *madame*, Tania. La he matado. Soy Rothmüller. Escuche bien: quiero hacer un pacto con usted. ¡No corte!

Se produjo un silencio, que retorció de tensión a Rothmüller. En el cerebro de éste

latía el informe oído de la propia Tania: que Geraldine estaba muerta, que la operación traidora seguía adelante... ¡Tenía que pactar con Tania Starovna!

—Tania, le ofrezco un pacto. Un pacto limpio. Usted saldrá beneficiada.

—Lo siento, Rothmüller. Comprenda que no puedo aceptar.

—Voy a ofrecerle algo que le interesará de verdad, Tania. Le hablaré con toda claridad. Le ruego que me escuche, y luego tome su decisión. Yo... debo decirle que no puedo fracasar con el *affaire* del cobalto. Supone mucho para China. Nosotros carecemos de cobalto... Hemos gastado mucho dinero. Hemos arriesgado hombres, dinero, prestigio... Necesitamos el cobalto. Además, me atañe de modo personal: no puedo permitirme el fracaso.

—¿Cree que eso me incumbe, Rothmüller?

—Siga escuchándome, por favor.

—Si trata de tenderme una trampa...

—¡No! Nada de eso, Tania... Ésta es mi proposición, el pacto: para mí, el *affaire* del cobalto. Para usted, Klondike. ¿Me ha oído bien? Para usted, Klondike. Yo arriesgo mucho traicionando a Klondike. Usted no ignora quién es: un alto agente de Pekín... Usted lo sabe. Hasta es posible que tenga una fotografía suya, con dos altos jefes.

—Yo no tengo esa fotografía. La tenía Halytchek.

—Sí, es cierto. Klondike se la arrebató, tras matarle. Sé dónde está Klondike. Él confía en mí... Yo le vendo a Klondike, se lo entrego, a cambio de la operación del cobalto. Ustedes tenían sólo la fotografía de Klondike, y ahora le tendrán a él... Piénselo, Tania.

Silencio.

Rothmüller, en tensión, esperaba.

—No le creo, Rothmüller. Usted no haría eso —dijo Tania, por fin.

—Se lo garantizo. Y juego limpio, Tania.

—¿Dónde está Klondike?

—No voy a decírselo así, comprenda.

—¿Cómo, entonces?

—Bien... Podemos hablar en algún lugar. Por ejemplo, en un yate. Un yate llamado Florida. Está en el lago. Podemos encontrarnos allí, y hablar tranquilamente. Sin trampas. Se llevará una muy agradable sorpresa.

—No soy partidaria de las sorpresas.

—Usted sale beneficiada, sea como fuere.

—¿Cuándo nos veríamos en ese yate?

—Esta misma noche. En seguida. Cuanto antes, mejor.

—¿No podría pensarlo?

—Usted ya conoce el nombre del yate. Yo la estaré esperando allí, Tania. No me oculto. Insisto: voy a jugar limpio. Localice el Florida, y vaya tranquila. Dentro de una hora, yo estaré en el yate. Espero que comprenda que debe acudir a la cita.

—Creo que iré... Sí, iré, Rothmüller.

—Sola, Tania. Yo estaré solo también.

—Hay una dificultad.

—¿Cuál?

—La gente de Nicole. Ese Toepffer. No admitirá el nuevo giro de la situación, es fácil de comprender. Iba a cobrar el doble...

—Comprendo. No se preocupe por él.

—De acuerdo, entonces. Una simple advertencia: no es fácil sorprenderme, engañarme. Piense en eso.

No había más que hablar.

Rothmüller se quitó el auricular del oído. Al parpadear, le resbalaron unas gotas de sudor. Miró, aún furioso, el cadáver de Nicole. Los que no son espías profesionales, como Nicole, no llegan a entender nunca que nada hay peor que la traición... Y allí estaba, muerta. Sí, bien muerta. Y había complicado tanto las cosas, que Rothmüller iba a jugar una peligrosísima baza: nada menos que entregar a Klondike. Si en Pekín llegaban a enterarse, alguna vez, el cuello de Rothmüller valdría muy poco.

Rothmüller decidió no perder más tiempo. Caminó hacia la salida del cuarto, apagó la luz, y salió al pasillo, con la automática en la mano.

En cuanto viera a Toepffer, dispararía sobre él.

Sin más.

Por fortuna, Geraldine había podido avisarle antes de morir, de modo que, al vigilar él a Nicole, había podido mantener un cierto control sobre la situación.

Tenso, caminando sin ruido, Rothmüller comenzó a bajar al vestíbulo. Toepffer quizá estuviera en el salón, esperando noticias de Robbia y Viret, Sí, desde la mitad del tramo de escaleras, ya se veía luz por debajo de la puerta del salón. Allí estaba Toepffer...

Rothmüller avanzó. Ya frente a la puerta, vaciló un segundo, antes de empujar, con violencia.

Toepffer, con una rápida reacción, se puso en pie. Al ver a Rothmüller empuñando la pistola, no pudo evitar una expresión de asombro, de incompreensión. Cuando iba a gritar, adelantando las manos, como tratando de detener las balas, Rothmüller ya había disparado; así se ejecuta a los traidores.

Dos balas en el corazón. Y Toepffer, muerto, cayó sobre un sillón, para luego rodar al suelo.

Rothmüller no perdió tiempo en contemplarlo; tenía mucha prisa por realizar su pacto con Tania Starovna.

* * *

Por fin había alcanzado el yate, el Florida, en el embarcadero de Ville Favorita.

Estaban encendidas las luces de posición; lo demás a oscuras, en calma. Rothmüller no pensaba complicar mucho las cosas. Bastaba saltar hacia la cadena que salía del eslobén de babor, y de allí, trepar a cubierta.

Se encontró sin dificultades en cubierta, en efecto, y caminando ya hacia el acceso a los camarotes. Las escalerillas... No oía nada. Sin embargo, había luz en el camarote de Klondike. No veía al *valet* por ninguna parte, quizá estuvieran juntos. Rothmüller llegó frente a la puerta del camarote.

Era cuestión de empujar, y sorprender a Klondike. Lo hizo: empujó, y se metió en el camarote, con la automática en la mano. Y sintió deseos de reír, al comprobar su buena suerte. Klondike estaba sentado en un taburete de lona, plegable, fumando un cigarrillo, algo desgredado. Frente a él, había una cafetera, con servicio de taza, plato, y una azucarera.

Klondike, inexpresivo, miró a Rothmüller; luego, la automática que éste empuñaba.

—¿Dónde está su criado, Klondike? —inquirió Rothmüller.

—Le di permiso... ¿Qué significa esto? —inquirió, a su vez, Martin.

—Bueno —sonreía Rothmüller—. No es usted tan fiero como parecía. Se ha dejado sorprender de un modo estúpido. ¿Me permite que me siente?

—No faltaba más —dijo Klondike, tranquilo, señalando la silla metálica que estaba al otro lado de la mesa.

—Casi da la impresión de que esperaba a un invitado —rió Rothmüller—. ¿Quizá a alguna mujer?

—Pues no. No es así. ¿Quiere explicarse, Rothmüller?

—De momento, no se mueva. Quiero verle las manos en todo momento. Oh, pero no me opondré a que tome café... Lo va a necesitar.

—¿Por qué hace esto? ¿Qué ocurre?

—Usted lo comprenderá, Klondike. Hasta es posible que lo haya hecho en alguna ocasión: vender a un compañero. En este caso, yo le vendo a usted. Es un pacto que me he visto obligado a realizar... Precisamente, con una buena enemiga suya: Tania Starovna.

—¿Va a venderme a Tania? —susurró Martin—. ¿Lo ha pensado bien?

—Sí —fue la seca respuesta.

Martin le miraba con fijeza a los ojos, como si quisiera abrir grietas en el cerebro de Rothmüller, quien apretó con más fuerza la culata de la automática. Le desagradó aquella impresión de frío en la espalda, con ramificación en todo el cuerpo.

Para distenderse un poco, Rothmüller dijo:

—Supongo que no lleva armas encima.

—No suelo usarlas. Es peligroso. Usted ya sabe: debo parecer en todo momento un *play-boy* disoluto, apegado a la comodidad, inofensivo...

—Sí, es cierto. Lamento tener que hacer esto, Klondike, pero se trata de su piel o de la mía. Yo necesito el éxito en esta operación. Es importante. Cobalto. ¿Lo sabía?

—Vaya, cobalto, nada menos. ¡Qué interesante!

—Geraldine Barbet era propietaria de un meteorito, cargado de cobalto puro. Tania la ha matado. Tampoco lo sabía usted, claro.

—No... Es sorprendente. Creo que me he mostrado esta vez muy pasivo. De todos modos, este asunto no me importaba.

—Se ha visto envuelto en él, como ve.

—Sí... Diga; ¿acaso espera la llegada de Tania aquí?

—En efecto. Aquí haremos el trato. Yo le entrego a usted, y ella me entrega la operación, que había pasado a sus manos. Yo regresaré a Pekín como triunfador, y no tengo por qué dar cuentas de lo que le ocurra a usted. Ni me las pedirán, claro está, pues ignoran que nos hemos relacionado casualmente.

—¿Y para qué quiere China ese cobalto, Rothmüller?

Éste pareció asombrarse.

—Es curioso... ¡Y es usted quien pregunta eso, Klondike! Debería saber tan bien como yo las necesidades de China al respecto. Carecemos de cobalto. ¿Lo ignoraba?

—No. Y dudo mucho que China utilice el cobalto para material de paz.

Rothmüller frunció el ceño.

—Las bombas de cobalto son temibles; más que ninguna.

—Nadie lo ignora. Su radiactividad es incontrolable: se puede volver incluso contra quienes lancen la bomba. De ahí que ningún país la utilice, ni se hayan molestado en fabricarla. La bomba «C» ha sido descartada por completo. Aunque, según parece, China tiene sus propios proyectos en ese sentido, ¿no es así?

—Habla de un modo raro, Klondike —musitó Rothmüller.

—¿Por qué razón?

—No sé... Usted, lógicamente, debería haber mostrado un poco más de entusiasmo ante el hecho de que China llegue a poseer abundante cobalto puro, lo que supondría, en breve, la posesión de la bomba «C», es decir, un gran poder bélico que...

—Primera: no suelo entusiasmarme fácilmente. Segunda: mi vida se acorta por momentos. Yo no puedo esperar clemencia de Tania. Por tanto, debe perdonar mi indiferencia ante todo eso. ¿Le apetece un poco de café, Rothmüller?

—No.

Y Rothmüller, impaciente, miró su reloj de pulsera. Tania debería haber llegado ya. Rothmüller entendía que estaría tomando precauciones, pero había transcurrido ya media hora más del plazo fijado para la cita en el yate.

—¿Y si Tania no se presentara? —inquirió Martin.

—Vendrá. Usted es una pieza codiciada.

Martin se encogió de hombros. Dirigió la diestra hacia la taza de café, que tenía mediada, y que debía ya estar frío. La tomó, y la alzó para llevársela a los labios. En aquel instante, funcionó el truco. El hilo invisible asegurado a la taza actuó, cerrando la luz del camarote, ante la sorpresa de Rothmüller, que permaneció un segundo

quieto.

Reaccionó luego, disparando, pero para entonces, con un doble puntapié, Klondike ya le había lanzado encima la mesilla rodante, con el servicio de café, de modo que la oscuridad fue rasgada por unos fogonazos de disparos que resultaron inofensivos.

Por su parte, Martin no permaneció quieto; se hizo a un lado, y luego, con su conocimiento perfecto de aquel pequeño terreno, actuó sobre seguro. Se colocó a espaldas de Rothmüller con un salto, y le rodeó el cuello con su brazo izquierdo, que cobró la dureza de un cable de acero. Su mano derecha, a continuación, atrapó la muñeca de Rothmüller, y le obligó a soltar el arma, que rebotó en el suelo.

Con aquel dogal asfixiante en el cuello, Rothmüller trataba de respirar, defenderse, hacer algo... No obstante, fue empujado hacia adelante con un fuerte impulso, por dos veces; en ambas ocasiones se oyó el chasquido de su frente contra el canto de la mesita rodante.

Ya flácido, y suelto, se deslizó al suelo, sin conocimiento.

Martin fue hacia el interruptor de la luz, y encendió; dejó colgando el hilo asegurado a la taza. Luego, miró unos instantes a Rothmüller, para cerciorarse de que permanecería inconsciente bastantes minutos. Más de los que necesitaba Martin para seguir con su plan.

Fue a la sala del motor, abrió el armario habilitado por Oscar, y extrajo cuerdas, pedazos de cadena, y aún buscó más objetos pesados. Cargado con todo ello, regresó al camarote.

Antes de que Rothmüller recobrase el conocimiento, Martin le ató a conciencia; le convirtió en un fardo encadenado, incapaz de realizar el menor movimiento.

Cuando hubo terminado, Martin bebió un poco de café.

Ya despertaba Rothmüller. Lo primero que vio fueron los ojos de Martin.

—Tania pide disculpas, Rothmüller —dijo Martin—; no vendrá.

—Ella dijo...

—No vendrá por una razón: está aquí.

—¿Aquí? ¿Dónde? No comprendo...

Martin esbozó una sonrisa. Su voz, de pronto, cambió, sonó apagada, con cierta tonalidad femenina, y un fuerte acento ruso inconfundible:

—Le digo que Tania está aquí, Rothmüller.

Éste palideció intensamente, por lo cual resaltaba mucho más la sangre que manaba por la brecha abierta en la frente, a causa de los golpes recibidos.

—No..., no es posible —tartamudeó—. ¡No!

—Ya ve que sí.

Rothmüller parecía alucinado, pero no tuvo más remedio que comprender. Se quedó mirando, siempre, con ojos desorbitados, al agente del SAG.

—¿Qué va a hacer conmigo? —pudo musitar finalmente.

—Interesante pregunta —susurró Martin Klondike—. ¿Conocía usted a unas

personas llamadas Olympe y Guma?

—No... No, no.

—¿De verdad? Yo creo que sí, porque Nicole tuvo que explicarle a usted toda esa parte del asunto en Tánger. Guma y Olympe eran dos colaboradores del SAG americano... Por cierto: ¿sabe usted lo que es el SAG?

—Sí —palideció aún más Rothmüller—. Sí, lo sé.

—Menos mal. Estoy un tanto irritado porque algunas personas no saben de qué les hablo. Pero ¿qué digo? ¡Claro que usted lo sabe, no en vano es un espía profesional...! ¿Verdad? Así pues, sabe perfectamente que el SAG es el hermanito pequeño de la CIA, considerando la fecha de su nacimiento. Pero, como suele decirse, los niños crecen..., y llegan a ser más fuertes que los hermanos mayores..., y hasta más fuertes que los papás. Esto es lo que está ocurriendo con el SAG, cuyos agentes y... sistemas de operación son en verdad..., ¿cómo lo diría yo...?, excepcionales, sí. Una especie de... plana mayor del espionaje internacional. Oh, pero estoy perdiendo el tiempo, puesto que usted ya sabe eso perfectamente. Estábamos hablando de Olympe y Guma, unos... seres humanos que habían decidido colaborar con el SAG. ¿Sabe lo que fue de ellos, Rothmüller?

—No.

—Sí, hombre... Encontramos sus cadáveres en el muelle, cerca de donde estaba amarrado el barco llamado Abdel Azi..., pero no se habían ahogado, sino que habían sido... antipáticamente privados de la vida por métodos violentos. Tan violentos, que el pobre Guma tenía la cabeza separada del tronco. No fue fácil encontrarla, pero finalmente nuestros hombres-rana lo consiguieron. Mientras tanto, puesto que ellos, realmente, habían llevado a término una cierta labor, los demás la hemos aprovechado. ¿Resultado obtenido? Veamos... Un montón de gente muerta, un par de tipos llamados Mirno y Torcani a buen recaudo y listos para ser enviados a Estados Unidos y sometidos a un... diálogo científico de lo más interesante, y... todo un sorprendente meteorito de cobalto, que está en cierto lugar de África.

—¿Quién le dijo...?

—Geraldine Barbet me informó de esa parte del asunto. Por cierto, que ella y yo hemos llegado a un acuerdo que...

—¡Ella está muerta!

—Vamos, Rothmüller, no sea estúpido... ¿Aún no se ha dado cuenta completa de la situación? Usted no es más que uno de los muñecos que yo he estado manejando a mi antojo. En cuanto a Geraldine Barbet, está viva, se lo aseguro. Y, como le decía, hemos llegado a un acuerdo. Resulta que ella, realmente, es geóloga... Pero no. Me estoy liando. Será mejor que empiece por el principio: esa chica, Geraldine, estuvo estudiando en París, terminó la carrera de Geología, y regresó a su patria, un país africano cuyo nombre no viene al caso, y en el que había nacido..., digamos circunstancialmente, debido a la estancia de sus padres allí. El lugar donde uno nace es una cosa muy seria, así que cuando Dine..., quiero decir Geraldine, se encontró

sola, decidió que no tenía por qué marcharse de su patria. Había nacido allí, de padres franceses, era blanca, rubia, tenía los ojos azules, una carrera, toda la vida por delante... Pero ¿qué tenía de malo vivir esa vida en su patria? De modo que decidió quedarse..., hasta que, buscando entre las montañas de su país, un buen día, ¡zas!, se encontró con una extraña roca. Para no alargar demasiado la explicación, le diré ya que esa roca era el meteorito. ¡Cobalto puro, santo cielo! ¿Cuánto podía valer? Miles de millones... ¿Y qué hizo Dine? Pues, tras mucho pensar, decidió que no iba a informar del hallazgo a su Gobierno, que eran una pandilla de pillastres, sino que vendería ella particularmente el meteorito a una nación más avanzada científicamente, que pudiese obtener buen fruto del pedrusco, básicamente en adelantos médicos. Y ni corta ni perezosa, se puso a indagar a quién podría venderle el meteorito... ¿Y quién le salió al paso? Usted, querido mío, que engañó a Dine como a una china, ya que lo que pretendía usted, como agente mercenario del servicio secreto chino, el Lien Lo Pou, era proporcionar a China material más que suficiente para tantas bombas «C» que los depósitos nucleares de Rusia y Estados Unidos juntos habrían sido cosa de niños. Luego, vino todo eso de que los instaladores del laboratorio de análisis no querían saber nada si no cobraban en oro, y como China no puede disponer así como así de oro, pues recurrió usted a una conocida contrabandista, residente en África: Nicole. A la cual, por cierto, ya estábamos buscando nosotros, pues nos estaba fastidiando hacía tiempo. Y así, convergieron ambos asuntos..., cuyo punto final vamos a poner muy pronto nosotros. O casi el punto final, porque nunca se sabe.

—¿Qué..., qué trata de decirme?

Klondike se dio una palmada en la frente.

—¡Me olvidaba...! Respecto al meteorito, ¿sabe qué vamos a hacer con él? Pues, lo iremos entregando a pedacitos a la Organización Mundial de la Salud, para que vayan fabricando aparatos de exploración SALUDABLES para el ser humano. A cambio, la OMS irá pagando al subdesarrollado país de Geraldine, unas cantidades anuales que le permitirá ir progresando sin prisa y sin pausa. No es bueno enriquecerse súbitamente, porque uno se vuelve tonto. Sí, eso haremos con el meteorito. Mientras tanto, vea lo que ha hecho Martin Klondike, agente del SAG; se ha cargado un grupo de espías pro chinos, ha desbaratado un contrabando de oro que hacía tiempo nos estaba jorobando en muchos aspectos, y se ha hecho..., o se va a hacer amiguete de la Organización Mundial de la Salud..., lo cual es mucho mejor que ser amiguete de la OTAN, pongamos por caso. ¿Y qué le queda por hacer ahora al buenazo y simpático Martin Klondike? Pues aplastar al último bicho: usted, Rothmüller.

—¿Quiere decir... que va a matarme...?

—Hombre —parecieron congelarse, de pronto, los ojos de Martin—, ¿a usted qué le parece? ¿Qué voy a dejarlo vivo por ahí, para que siga haciendo cochinas y matando colaboradores del SAG como si fuesen bestias? Usted es un tipo fantástico,

Rothmüller.

—Pe... pero no..., no puede matarme así, fríamente...

—Ya lo creo que puedo —aseguró gélidamente Klondike—. Soy tan capaz como usted, y como Nicole y sus hombres, de asesinar a cualquiera. Pero tengo otro estilo..., y sé elegir mis víctimas. Por ejemplo: a un viejecito que vende globos para los niños en un parque no lo mataría, aunque me fuese la vida en ello. Pero... ¿a usted? ¡Hombre, Rothmüller, eso lo voy a hacer de mil amores!

—No... ¡No!

—¿No quiere que le mate?

—No, no, no... ¡No lo haga, por favor, no!

—De acuerdo —asintió Klondike.

Se acercó a Rothmüller, se inclinó sobre él, y lo agarró fuertemente, cargándose en un hombro, con relativa facilidad. Así cargado, el agente del SAG subió a cubierta, y tiró a Rothmüller a ésta. Entonces, hizo señas hacia el embarcadero, y en el acto destacaron allí dos personas, que segundos después saltaban al yate.

—Vámonos de aquí, Oscar —se dirigió Klondike a una de esas personas.

—En seguida, Martin.

—Al centro del lago.

—*Okay*.

El yate zarpó en cuestión de minutos, mientras Klondike fumaba el cigarrillo que había encendido. Junto a él, la otra persona, Geraldine Barbet, que de nuevo parecía una mujer adusta, mayor y poco atractiva, le miraba en silencio.

De pronto, Klondike se volvió hacia ella.

—Entiendo que todo fue bien, que llegaron mis compañeros del SAG, y que se hicieron cargo de Mirno, Torcani... En fin, de todo.

—Sí.

—¿Por qué no te fuiste con ellos? Aquí todavía había peligro, pues yo no sabía cómo iba a terminar esto, realmente.

—Sabía que lo terminarías a tu aire y estilo. No podía ser de otro modo en un... artista del espionaje como tú.

—Eres muy amable. ¿Qué tal si vas abajo a esperarme? Hace fresco aquí arriba.

—Lo que tú digas —murmuró la «fea» Geraldine.

Desapareció en el interior del yate, que continuó navegando suavemente hacia el interior del lago. Por fin, Klondike arrojó la colilla del cigarrillo por la borda, se inclinó, asió a Rothmüller, y lo alzó, colocándolo en la borda.

—¿Qué..., qué hace? —jadeó Rothmüller—. ¡Puedo caerme al agua, y no podría nadar...!

—Lamentable —musitó Martin Klondike—. Pero recuerde que tampoco Guma y Olympe podían nadar cuando fueron arrojados al agua. Y recuerde también, Rothmüller, que el que la hace la paga. Adiós..., muñeco.

—¡No! —chilló el otro—. ¡No puede usted hacerme...!

Las últimas palabras quedaron flotando en el aire, un instante antes de que se oyese el chapoteo del cuerpo de Rothmüller contra el agua. El yate continuó deslizándose, siempre suavemente. Klondike se acercó al viejo y querido Oscar, que pilotaba, impávido.

—Qué noche tan agradable, ¿verdad, Oscar?

—Verdad, Martin. ¡Qué paz, qué tranquilidad!

—Eso —sonrió el agente del SAG—. Bueno, cuando quieras, vuelves al embarcadero, o echas el ancla, o haces lo que te de la gana. Lo que quiero decir es que todo ha terminado, y que no quiero ser molestado..., ni siquiera por ti. ¿Okay?

—Okay. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Hombre, vaya pregunta... —masculló Klondike—. ¡Me voy a la cama, claro!

—¿Solo?

—¡Qué tontería! Ya sabes que, solo, tengo miedo de las brujas.

—Pues anda que esa señora de ahí abajo... Martin, hijo, muchacho, ¡no me digas que te gusta ese esperpento con lentes!

—Oscar —movi6 la cabeza Klondike—, recuérdame que te compre unos lentes cuando llegemos a alg6n puerto, sea el que fuere. Ah, y que me compre otros para m6. ¿Okay?

—Okay.

—Okay, viejo. Hasta mañana. O hasta la vista.

Y desapareci6 en el interior del yate *Florida*.

ÉSTE ES EL FINAL

Cuando llegó abajo, no vio a Geraldine. Así que, tras sabias reflexiones, decidió que la «fea vaca vieja» debía estar en uno de los camarotes. Claro, había hecho lo más sensato, dada la hora: buscarse un acomodo para dormir.

Martin Klondike estuvo todavía un par de minutos rumiando sobre el particular. ¿Qué ocurría? ¿Se había equivocado con Geraldine Barbet en aquel sentido? Pues mala suerte, porque la chica estaba como un portaaviones, y además... Sí, era tan dulce cuando se la veía al natural, que él era capaz hasta de ir desde Tokio a San Francisco en barca, y remando con los pies. *Okay*, eso sería capaz de hacer. Pero la vida es la vida, así que... ¿con qué derecho o fundamento se había creído que también iba a manejar, ya en un terreno serio, a Geraldine como si continuase siendo... una muñeca en manos de artista?

«Mala suerte, tío listo», se dijo.

Se metió en su camarote, se desnudó sin encender la luz, encendió un cigarrillo y se metió en la litera... Dio un bote que casi llegó al techo, mientras el cigarrillo saltaba de sus labios y caía en el centro de la reducida pieza.

—¿Te has asustado? —Llegó la dulce voz de Geraldine.

—¡Maldita sea mi estampa...! ¿Asustado? ¡Estoy al borde del colapso cardíaco! ¿Qué haces aquí?

—Vaya una pregunta tonta —replicó Dine.

—¿Ah, sí?

—Tontísima.

—Te advierto que no tengo por costumbre hacer preguntas tontas.

—No discuto eso. Como espía, o lo que sea, puede que seas genial, querido mío, pero así, en tratos personales, más bien pareces tonto.

—Escucha, nena, si aquí hay algún tonto, ése soy yo. ¿*Okay*?

—*Okay* —rió Dine.

—No, no... He querido decir que eres tú. ¿*Okay*?

—*Okay*... —suspiró con un aliento de perfume Dine Barbet—. De acuerdo, soy tonta. ¿Me encuentras algún otro defecto?

—No lo sé —susurró Klondike, lanzándose a la búsqueda de los dulcísimos labios, en la oscuridad—. Pero te aseguro que si tienes algún defecto, el terrible Klondike lo va a encontrar. ¿*Okay*?

—*Okay*... —Se esfumaba la voz de ella—. Pero, por favor..., dedícate... pronto... a la búsqueda...

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales, etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía Baby, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1.100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle...